







# Kim



Primera edición en Reino de Cordelia, octubre de 2025
Edición basada en la publicada por Oxford University Press, 2008

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Susana Carral, 2025

Ilustraciones: © José María Gallego, 2025

IBIC: FA | Thema: FBA
ISBN: 979-13-87599-07-2
Depósito legal: M-19904-2025

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

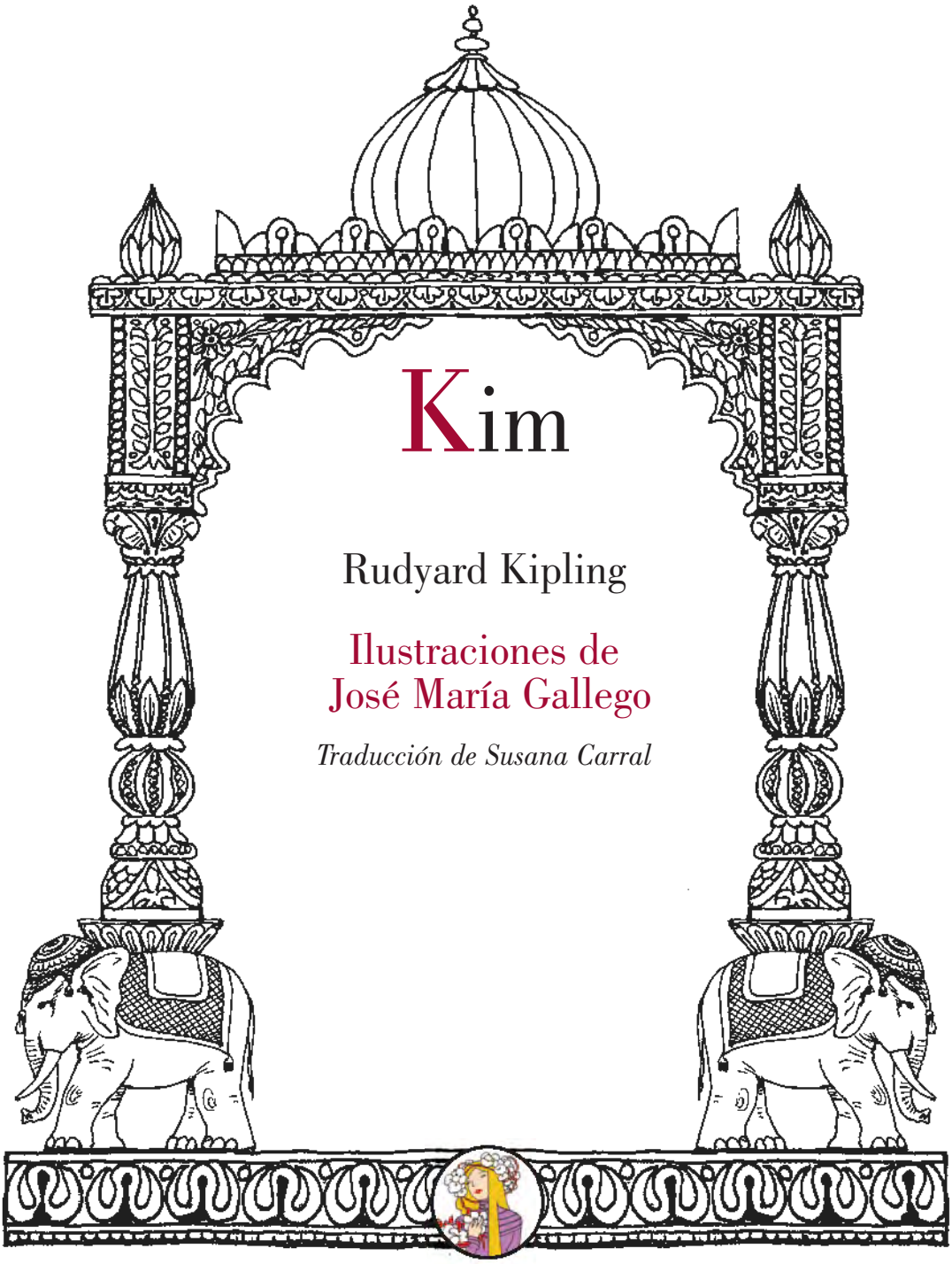
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Kim

Rudyard Kipling

Ilustraciones de
José María Gallego

*Traducción de Susana Carral*

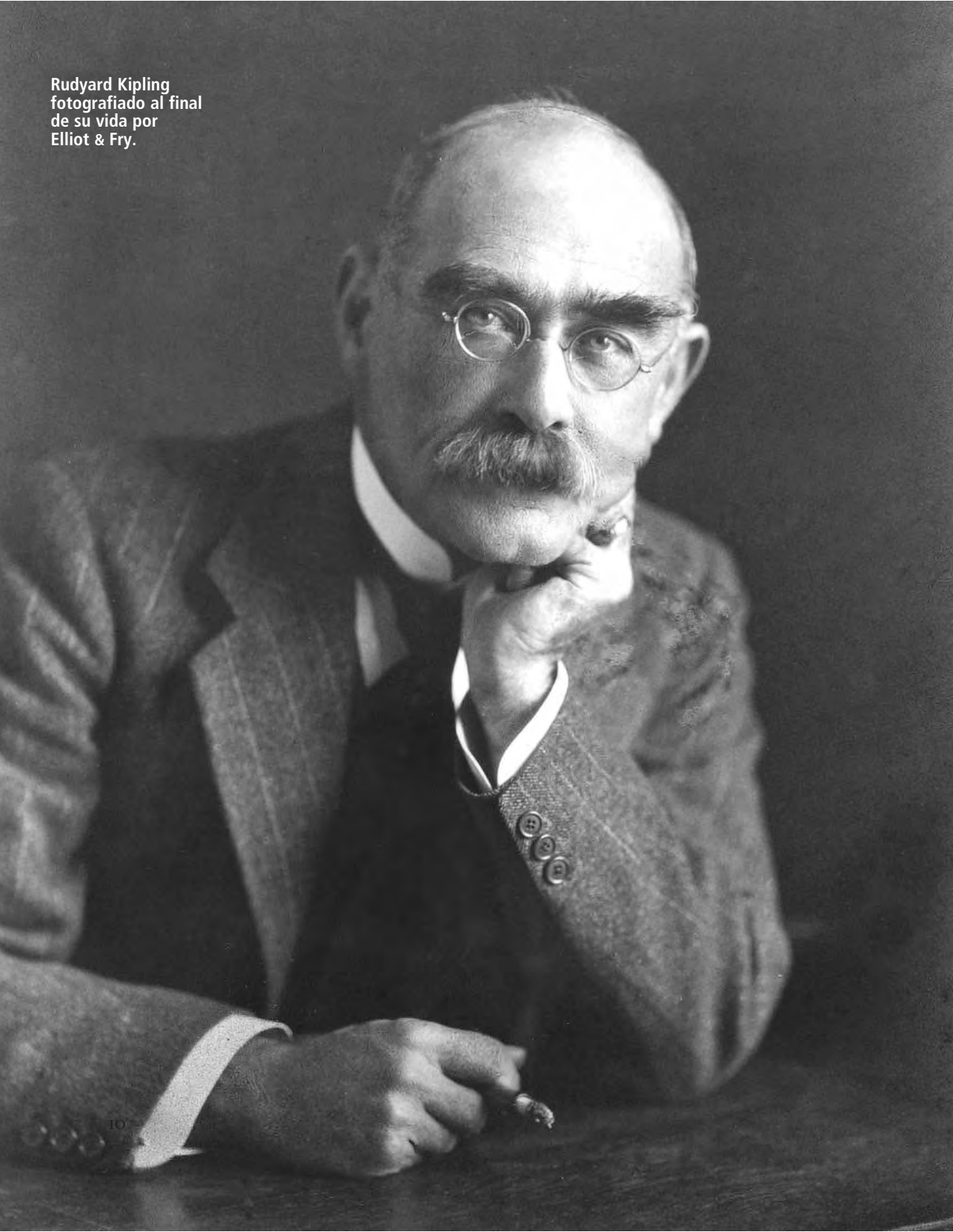


# Índice

*Prefacio* | Una novela de espías como homenaje al Quijote 11

KIM 21

Capítulo I 23
Capítulo II 55
Capítulo III 75
Capítulo IV 99
Capítulo V 123
Capítulo VI 147
Capítulo VII 169
Capítulo VIII 189
Capítulo IX 211
Capítulo X 237
Capítulo XI 259
Capítulo XII 287
Capítulo XIII 315
Capítulo XIV 343
Capítulo XV 363



Rudyard Kipling fotografiado al final de su vida por Elliot & Fry.

# Prefacio

# Una novela de espías como homenaje al Quijote

Parece ser que los budistas deambulan por la Rueda de la Vida haciendo méritos para ascender a una casta mejor en la próxima reencarnación. Si, por el contrario, mienten como políticos y banqueros y hacen infelices a los que les rodean, corren el riesgo de reencarnarse en una rata o un gusano. De acuerdo a esta premisa, el lama tibetano protagonista de *Kim*, convencido de que Buda lanzó una flecha que al clavarse en la tierra dio origen a un río purificador, no para de hacer méritos mientras busca por toda la India el Río de la Flecha. Quiere bañarse en él para limpiar su alma y alcanzar el Nirvana, lo que le evitaría volver a reencarnarse.

Idealista y bondadoso hasta la locura —como Don Quijote—, le acompaña en su peregrinación un discípulo, un chela, que mendiga por él, busca abrigo para pasar la noche y consigue dinero con el que pagar el pasaje en vagones de tercera del ferrocarril. Kim, ese chela vestido de mendigo hindú que vive en las calles de Lahore buscándose la vida, dueño de tanto sentido común como Sancho Panza, es en realidad un huérfano británico, Kimball O'Hara, hijo de un sargento irlandés y de la niñera de un coronel. El hecho de que su madre casara con un blanco implica que también ella procedía de Gran Bretaña, pues las tropas coloniales prohibían a sus soldados contraer matrimonio con nativas.

Lama y chela deambulan por la vida en pos de una quimera, como Don Quijote y Sancho, pero Kim aprovecha sus largas caminatas de un lado a otro trabajando en secreto para el Gran Juego, una compleja red de espionaje al servicio de Su Majestad, que vigila los movimientos de las diferentes razas que habitan el país y observa atentamente los intentos de Rusia por controlar Afganistán en contra de los intereses del Reino Unido. Los británicos temían que los rusos, que se habían apoderado de gran parte de Asia Central en las décadas de 1860 y 1870, pudieran utilizar Afganistán como base para controlar la India.




Este mapa de Asia, desde el litoral del Mediterráneo hasta el oeste de China y el subcontinente indio, fue publicado en 1865 por G. W. & C. B. Colton & Company. En el centro, coloreado en verde, aparece Afganistán, escenario del Gran Juego que durante el siglo XIX enfrentó en la India a británicos y rusos.

Ese es el escenario elegido por Rudyard Kipling (Bombay, 1865 -Londres, 1936) para rendir homenaje al padre de la novela moderna, Miguel de Cervantes, y al *Quijote*. Y al igual que el clásico del Siglo de Oro español abre

todos los caminos de la narrativa, *Kim* también recorre otros muchos y puede leerse como una novela picaresca, de aventuras, de aprendizaje —Kimball O'Hara es un niño de 13 años al comienzo del libro y al final ronda los 17—, una *road movie* en la que los personajes no cesan de moverse en tren, litera o largas caminatas; de religiosidad, budismo y supersticiones… Y, sobre todo, de espías, porque Kim se ve sometido a una compleja instrucción para convertirse en agente secreto de la mano del tratante de caballos Mahbub Alí, que le enseña los rudimentos del Gran Juego, basados en observar mucho y hablar poco; del babu Hurree Chunder, capaz de disfrazarse de múltiples personas sin que ni siquiera su obesidad lo delate; del sahíb Lurgan, maestro en el arte de recordar el más mínimo detalle que se le ponga a la vista y vencer los engaños de la mente y, por supuesto, del astuto coronel Creighton, que maneja todos los hilos sin que nadie conozca sus enredos.



Errol Flynn en el papel del tratante de caballos Mahbub Alí, en una foto promocional de la película *Kim* (1950), de Victor Saville.

Aunque tal vez la característica principal de esta obra, lo que la convierte en uno de los grandes clásicos de la literatura, sea la atmósfera. El logro de encerrar en un libro la India colonial, sus múltiples razas, castas y religiones —hindúes, budistas, jainistas, mahometanos, sijs—, que conviven entre dialectos y acentos capaces de delatar el origen y posición de cada individuo. Un país —casi un continente— siempre en movimiento, poblado de soldados con casaca roja, mendigos, faquires, yoguis, chalanes, prostitutas, marajás, sanadores, sacerdotes…

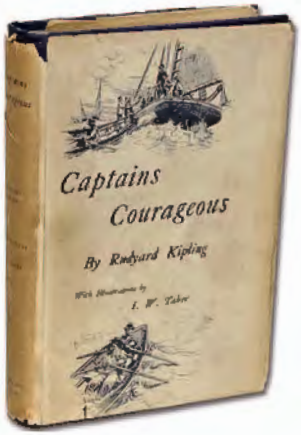
Un lugar donde la magia se confunde de tal manera con la realidad que nunca se sabe si lo que ven los ojos es cierto o se trata de un engaño, un truco generado por atávicas fuerzas místicas que solo los nativos aceptan sin hacerse demasiadas preguntas, pues ya se sabe lo caprichosos que resultan los dioses. Tanto como el sutil sentido del humor que impregna toda la novela, otra de las herencias evidentes del *Quijote*.


John Lockwood Kipling junto a su hijo Rudyard en 1890.

Rudyard Kipling pidió auxilio a su padre, John Lockwood Kipling, conservador del antiguo Museo de Lahore, para que le ayudara a recordar lo que él mismo había aprendido de primera mano trabajando para un pequeño periódico local hindú, el *Civil and Military Gazette* de Lahore y, posteriormente, para *The Pioneer* de Allahabad. La estrecha colaboración entre ambos se hizo evidente cuando John Lockwood se encargó de los dibujos de la primera edición ilustrada de la novela.

Cuentista antes que novelista, según apunta en su diario la esposa de Kipling, Carrie Balestier, *Kim* surgió como un proyecto de relato corto en octubre de 1892, cuando el matrimonio vivía en la pequeña casa de campo Bliss Cottage, su primer hogar en Vermont, Estados Unidos. La dificultad del proyecto le llevó a abandonarlo hasta que lo retomó en junio del año siguiente, pero volvió a dejarlo para centrarse en *El libro de las tierras vírgenes* —incluye *El libro de la selva* (1894) y *El segundo libro de la selva* (1895)— y la mayoría de los relatos que aparecerían más adelante en *El trabajo de cada día* (1898).

La historia del huérfano Kimball O'Hara, que maldice y habla como un hindú, volvió a asaltarle en enero de 1896, pero se dio cuenta enseguida de que algo fallaba, lo escrito no acababa de convencerle. Tardó dos días en llegar a la conclusión de que debía pedir ayuda a su padre. John Lockwood, que había vivido en la India mucho más tiempo que él, le sirvió de modelo para el sahíb de barba blanca que dirige la Casa de las Maravillas de Lahore, el museo a la espalda del gran cañón Zam-Zammah en donde arranca la novela.



Primera edición de *Capitanes intrépidos*, ilustrada por Isaac Walton Taber.

En aquel momento, el contacto entre padre e hijo se hacía difícil, porque a ambos los separaba un océano, por lo que Rudyard se centró en la redacción de *Capitanes intrépidos*, obra en la que trabajaba cuando dejó Estados Unidos para regresar a Inglaterra.

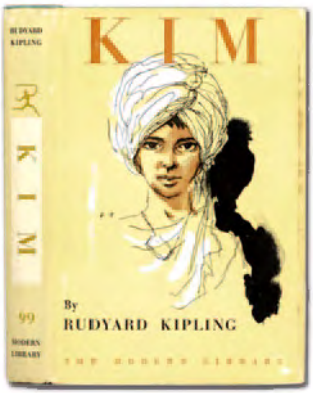
Los dos años siguientes los dedicó a completar los relatos de *Stalky & Co.*, especie de retorno a su propia infancia en un internado británico, pero en agosto de 1898 se atascó en uno de los cuentos y decidió volver a *Kim*. Por entonces vivía en el condado inglés de Sussex, por lo que le resultaba mucho más sencillo ver a su padre. Kipling se volcó en *Kim* durante todo ese mes de verano y envió un primer borrador a John Lockwood. A finales de septiembre, su madre, Josette Whisky, le visitó y aprovechó para llevarle las notas y comentarios de su marido. En noviembre, padre e hijo trabajaron juntos en la novela y en enero de 1899 Rudyard pasó varios días en la casa paterna para continuar puliendo la obra.



Primera edición de *Stalky & Co*, ilustrada por Leonard Raven-Hill.

Ese invierno fue el de su descontento, porque realizó su último viaje a Estados Unidos, en el que su hija Josephine enfermó gravemente y murió. Destrozado por la pérdida, no fue capaz de volver a escribir hasta agosto de ese año, y hasta noviembre no se ocupó de *Kim*, novela en la que trabajó

durante tres meses más antes de acordar su publicación por entregas en la revista *McClure's Magazine,* donde apareció desde diciembre de 1900 hasta octubre de 1901. De enero a noviembre de ese mismo año saldría también en *Cassell's Magazine,* donde la dividieron en capítulos, respetados al editarse en libro por Macmillan & Co. Ltd. en octubre de 1901.



Primera edición ilustrada de *Kim*.

Los Kipling, padre e hijo, confesaron que no habían logrado reflejar en *Kim* ni un diez por ciento de la vida de la India que pretendieron mostrar inicialmente. Sin embargo, un lector tan avezado como Jorge Luis Borges escribió que la novela «deja la impresión de que hemos conocido toda la India y hablado con miles de personas». A lo largo del texto se entrecruzan voces, acentos, gritos en hindú y maldiciones…; el lector occidental siente que camina junto al lama y su chela por la Grand Trunk Road que une las regiones orientales y occidentales del subcontinente indio.

Aunque Kipling era británico, por lo que su mirada es la de Occidente, la historia del niño espía que vive entre dos culturas, dos razas y dos países es un reflejo del respeto que él sentía por la India y los habitantes del país en el que nació, aunque no por ello evita una mirada crítica hacia supersticiones y delitos de los nativos, de lo que tampoco se libran sus paisanos, porque su obra está llena de matices, de sombras que imponen el tono gris sobre el contundente blanco y negro de la mala literatura, en la que los buenos son muy buenos y los malos, malditos.

George Moore —según recogió Borges— dijo que Kipling era, después de Shakespeare, el único autor inglés que escribía con todo el diccionario. «Sabía administrar sin pedantería —añade el gran escritor bonaerense— esa profusión léxica. Cada línea ha sido sopesada y limada con lenta probidad».

El cine ha llevado a la pantalla esta novela en dos ocasiones. La primera en una superproducción de la Metro Goldwyn Mayer de 1950, bajo






Cartel de *Kim* (1950), de Victor Saville, con Errol Flyn y Dean Stockwell como niño protagonista. Abajo, Peter O'Toole deja ver generosamente su peluca calva en el papel de lama junto a Ravi Sheth en *Kim* (1984), de John Davies.

la dirección de Victor Saville (1895-1979), con Errol Flynn como el tratante de caballos Mahbub Alí y Dean Stockwell como Kimball O'Hara. La segunda fue un telefilm dirigido por John Howard Davies en 1984, con un consumido Peter O'Toole en el papel de lama, al que no favorece demasiado la peluca calva con la que aparece en pantalla.

Para realizar esta nueva traducción, que aparece por primera vez en Reino de Cordelia cuando se cumplen ciento veinticinco años de la

publicación de *Kim* en el *McClure's Magazine*, Susana Carral ha comparado concienzudamente las ediciones existentes actualmente en inglés, entre ellas la Sussex Edition, que incluye las últimas revisiones de Kipling y que se publicó póstumamente. Finalmente la elegida fue la de la Oxford University Press, basada en la primera edición británica







de la novela, que apenas presenta variaciones con la última revisada por Kipling, casi todas ellas correcciones o cambios ortotipográficos. Sí ha detectado más variantes en las estrofas del poema que Kipling utiliza para introducir los tres primeros capítulos, «*Buddha at Kamakura*» («El buda de Kamakura»). En este caso se ha utilizado la última versión. La estrofa que introduce el tercer capítulo no forma parte del poema original, pese a que habla de Kamakura. Las dos del primer y segundo capítulos, y otra que el lama canturrea en el primero, sí forman parte de dicho poema.

En los manuscritos de Kipling reina el caos, debido a que se encuentran muy desperdigados. Impidió que fueran consultados antes de que él muriera, se negó a dar publicidad a las donaciones que fue realizando a diferentes instituciones y logró que, cuando él ya no estaba, su familia siguiera su ejemplo. Hasta el punto de que muchos borradores y apuntes




De izquierda a derecha, escenas de la película *Kim*, de Victor Saville. En la primera, chela y lama (Paul Lukas) junto al cañón Zam-Zammah. La policía detiene a Kim para que no se escape de sus perseguidores ante la mirada atenta del coronel Creighton (Robert Douglas). Y, por último, Kimball O'Hara experimenta los efectos de la hipnosis.

han desaparecido. A la muerte en 1976 de su hija Elsie, donó los derechos de autor y los manuscritos restantes de su padre al National Trust. Dos años después, los textos quedaron depositados en la biblioteca de la Universidad de Sussex, donde por fin pueden ser consultados por quienes cumplen las estrictas condiciones impuestas por Kipling.

En la Biblioteca Británica guardan uno de los manuscritos de *Kim*, titulado *Kim o' the 'rishti*, que no se parece demasiado a la versión publi-

cada. En este texto utilizaba muchos más vocablos indios que en la versión definitiva, donde el estilo está más pulido, es más exacto, más sencillo. Varía también el trato de los personajes, su caracterización, y sustituye algunos comentarios racistas propios de la época por otros más respetuosos. También renuncia a usar determinados estereotipos indios y reduce la falsa grandeza de algunos personajes ingleses. Todas estas variaciones tienden a restar importancia a los valores mundanos de Occidente presentes en la novela —por ejemplo, el Gran Juego del espionaje—, en favor de los espirituales de Oriente, como la búsqueda de la trascendencia.


Rudyard Kipling en 1895.

La copia de la novela guardada en la Universidad de Sussex se trata en realidad de una serie de borradores unidos, que no alcanzan el grado de galeradas ni de copión de trabajo original.

Pero *Kim* no solo destaca por sus valores literarios. Durante la Primera Guerra Mundial, una edición francesa de la novela, que el soldado Maurice Hammoneau llevaba en el bolsillo superior izquierdo de su uniforme, impidió que una bala enemiga alcanzara su corazón causándole la muerte. Hammoneau le envió a Kipling el volumen *herido*, los restos del proyectil y la Cruz de Guerra con la que fue condecorado. Cuando Hammoneau fue padre por primera vez, Kipling le devolvió la condecoración y el ejemplar de la novela, para que se los legara a su hijo. Hoy todo el lote se encuentra en Washington, en la Biblioteca del Congreso. ¿Se puede pedir más a un libro?



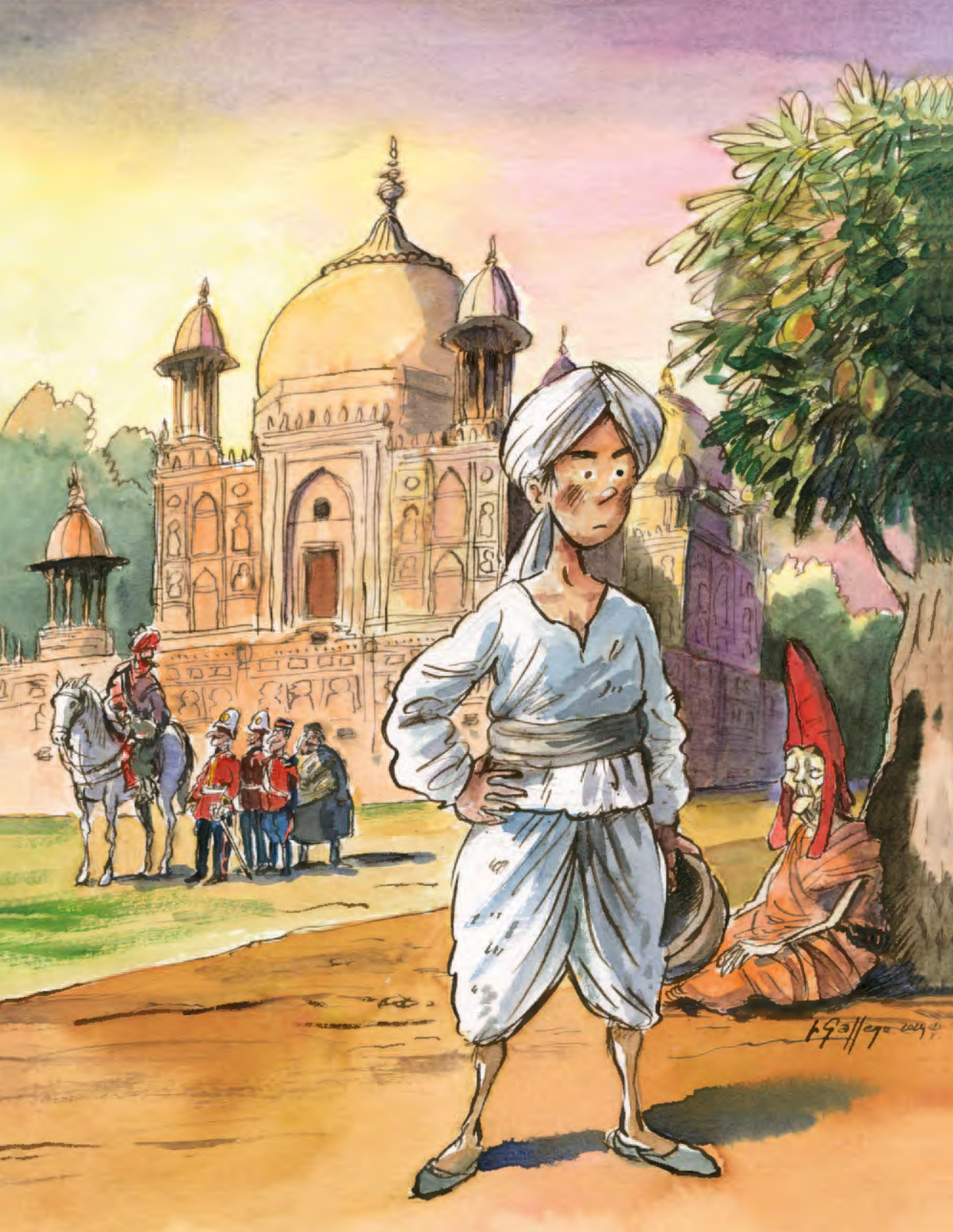
El volumen *herido* de *Kim*.

SUSANA CARRAL y JESÚS EGIDO

# Kim

Rudyard Kipling





# Capítulo 1

Vosotros, que recorréis la senda estrecha,
pasando junto al fuego del infierno hacia el Día del Juicio,
¡mostraos benévolos cuando los paganos
recen al buda de Kamakura![1]

DESAFIANDO las ordenanzas municipales, Kim se sentaba a horcajadas sobre el cañón Zam-Zammah, situado en una base de ladrillo frente al Ajaib-Gher, la Casa de las Maravillas, como los nativos llamaban al Museo de Lahore. Quien sea dueño del Zam-Zammah, ese «dragón escupe fuego», controlará el Punyab, pues la enorme pieza de bronce cubierta de cardenillo siempre es la más importante del botín del conquistador.

El comportamiento de Kim —que acababa de echar a patadas al hijo de Lala Dinanath de los muñones del cañón— estaba justificado en cierta medida, ya que los ingleses controlaban el Punyab y él era inglés. A pesar de su piel quemada y oscura como la de cualquier nativo, a pesar de que prefería usar el lenguaje local y hablaba su lengua materna con un sonsonete inseguro y entrecortado, a pesar de que se asociaba en condiciones de total igualdad con los chicos del bazar, Kim era blanco, un blanco pobre, de los más pobres. La mestiza que lo cuidaba (fumaba opio y fingía regentar una tienda de muebles de segunda mano junto a la plaza donde

[1] Primera estrofa del poema «Buddah at Kamakura» («El buda de Kamakura»), escrito por Kipling y que apareció por primera vez en *The Times* en julio de 1892, en un artículo sobre Japón que luego formaría parte de una serie y que Kipling incluiría en *Letters of Travel*. La segunda estrofa de este poema aparece también en el primer capítulo, cantada por el lama. (Todas las notas son de la traductora).

esperan los coches de punto baratos) dijo a los misioneros que era hermana de la madre de Kim, pero su madre había sido niñera en casa de un coronel y se había casado con Kimball O'Hara, un joven sargento portaestandarte de los Mavericks, un regimiento irlandés. Después aceptó un puesto en la compañía ferroviaria Sind-Punjab-Delhi y su regimiento regresó a casa sin él. Su mujer murió de cólera en Firozpur y O'Hara se dio a la bebida y se dedicó a haraganear sin apartarse demasiado de la vía, llevando con él al observador crío de tres años. Distintas instituciones y capellanes, preocupados por el niño, intentaron hacerse cargo de él, pero O'Hara se alejó de allí, sin rumbo, hasta tropezar con la mujer que fumaba opio, quien lo aficionó a ello, y murió como mueren en la India los blancos pobres. Su herencia constaba de tres documentos: uno al que llamaba su *ne varietur,* porque esas palabras estaban escritas bajo su firma, y el otro su certificado de traslado[2]. El tercero era la partida de nacimiento de Kim. En las sublimes horas pasadas bajo los efectos del opio solía decir que esos tres documentos acabarían por hacer un hombre del pequeño Kimball. Bajo ningún concepto debía Kim deshacerse de ellos, pues formaban parte de una magia muy grande: la magia que los hombres practicaban lejos, tras el museo, en la gran Jadoo-Gher azul y blanca, la Casa de la Magia, como llamamos aquí a la logia masónica. Decía que un día todo saldría bien y el cuerno de Kim sería ensalzado entre magníficas y sólidas columnas, unas columnas descomunales. El propio coronel, a caballo y al frente del mejor regimiento del mundo, se ocuparía de Kim, del pequeño Kim, a quien todo debería irle mejor que a su padre. Novecientos demonios de primera, cuyo dios era un Toro Rojo sobre un campo verde, cuidarían de Kim si no se habían olvidado de O'Hara, del pobre O'Hara, que era capataz de cuadrilla en la vía de Firozpur. Después lloraba desconsolado en la silla de mimbre rota del porche. Por eso, tras su muerte, la mujer introdujo el pergamino, el papel y la

[2] *Ne varietur* es la frase en latín que aparece bajo la firma en cualquier documento de inscripción en la masonería. Significa que el nombre no debe cambiarse. El otro certificado es el documento que cualquier logia masónica entrega a uno de sus miembros antes de su traslado a otra logia, después de haber saldado cualquier tipo de compromiso económico con la primera.

partida de nacimiento en una funda de cuero para amuletos, cosió la boca de la funda para protegerlos mejor y la colgó al cuello de Kim.

—Algún día —dijo, recordando de forma confusa las profecías de O'Hara— vendrán a buscarte un gran Toro Rojo sobre un campo verde y el coronel a caballo, sí —pasó a hablar en inglés—, y novecientos demonios.

—Lo recordaré —respondió Kim—. Vendrán un Toro Rojo y un coronel a caballo, pero antes, según dijo mi padre, llegarán los dos hombres que preparan el terreno para esos asuntos. Mi padre dijo que siempre era así, que siempre es así cuando los hombres hacen magia.

Si la mujer hubiese enviado a Kim a la Jadoo-Gher local con esos documentos, la logia provincial se hubiera hecho cargo de él y lo habría mandado al orfanato masónico situado en la montaña, pero no se fiaba de lo que había oído contar sobre la magia. Además, Kim tenía su propia opinión. Antes de llegar a la edad de la imprudencia aprendió a evitar a los misioneros y hombres blancos de aspecto serio que se interesaban por su identidad y por lo que hacía. Porque Kim era experto en no hacer nada. Cierto: conocía la maravillosa ciudad amurallada de Lahore desde la Puerta de Delhi al lejano foso del fuerte, se movía entre hombres que llevaban vidas más extrañas que todo lo que el califa Harún al-Rashid pudiese soñar y su propia vida era tan disparatada como lo que se contaba en *Las mil y una noches*, pero los misioneros y los secretarios de las instituciones benéficas no le encontraban la gracia. En los barrios lo apodaban Amigo de Todo el Mundo y, como era ágil y discreto, por las noches solía cumplir los encargos de los jóvenes de moda, elegantes y lustrosos, en los tejados abarrotados de mujeres. Sabía que lo que hacía era intrigar, como reconocía cualquier tipo de mal desde que había aprendido a hablar, pero lo que le gustaba era el juego en sí: merodear con sigilo en zanjas y callejones, trepar por una cañería para el agua, escuchar los suspiros y demás sonidos del vetado mundo femenino y la huida precipitada de tejado en tejado bajo la protección de la cálida oscuridad. También estaba familiarizado con los santones, los faquires embadurnados de ceniza junto a sus altares de ladrillo situados bajo los árboles de

la ribera: los saludaba cuando regresaban de sus periplos para pedir limosna y, si no había nadie cerca, comía de su mismo plato. La mujer que cuidaba de él insistía con lágrimas en los ojos en que debía usar ropa europea: pantalones, una camisa y un sombrero ajado. A Kim le resultaba más sencillo ponerse un atuendo hindú o musulmán cuando se ocupaba de determinados asuntos. Uno de los jóvenes de moda —el que apareció muerto en el fondo de un pozo la noche del terremoto— le había regalado una indumentaria hindú completa, la vestimenta de un chico callejero de casta baja, y Kim la guardaba en un lugar secreto bajo unas vigas en el almacén de madera de Nila Ram, pasado el Tribunal Supremo del Punyab, donde los fragantes troncos de cedro del Himalaya permanecen curándose tras su viaje por el cauce del río Ravi. Cuando se avecinaban negocios o alguna fiesta, Kim utilizaba su propiedad y regresaba al porche al alba, agotado de tanto gritar siguiendo una comitiva nupcial o de desgañitarse en algún festejo hindú. A veces había comida en casa, pero lo más normal era que no la hubiese y Kim volvía a salir para comer con sus amigos nativos.

Mientras golpeaba el Zam-Zammah con los talones, de vez en cuando abandonaba su juego de el rey del castillo con el pequeño Chota Lal y Abdullah, el hijo del vendedor de dulces, y se giraba para hacerle algún comentario faltón al policía nativo que vigilaba la hilera de zapatos dispuesta junto a la puerta del museo. El enorme punyabí sonreía con tolerancia: hacía mucho que conocía a Kim. Lo mismo le ocurría al aguador, que vertía agua de su odre sobre el seco camino. Como a Jawahir Singh, el carpintero del museo, inclinado sobre los nuevos cajones para embalar. Y a todos los presentes, salvo a los campesinos recién llegados del campo que se apresuraban para entrar en la Casa de las Maravillas a fin de ver las cosas que los hombres hacían en sus provincias y en otros lugares. El museo estaba dedicado a las artes y manufacturas indias y quien necesitase saber algo al respecto podía preguntárselo al director.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Déjame subir! —gritó Abdullah al tiempo que trepaba a la rueda de Zam-Zammah.

—Tu padre era pastelero y tu madre robó el ghi (mantequilla clarificada) —canturreó Kim—. ¡Hace mucho que los musulmanes os caísteis de Zam-Zammah!

—¡Déjame subir a mí! —chilló el pequeño Chota Lal, con su gorra bordada en hilo de oro. Su padre poseía alrededor de medio millón de libras esterlinas, pero la India es el único país demócrata del mundo.

—Los hindúes también se cayeron de Zam-Zammah. Los echaron los musulmanes. Tu padre era pastelero…

Se detuvo. De la esquina procedente del Bazar Motee (barrio de los joyeros), surgió arrastrando los pies un hombre cuyo igual Kim, que estaba seguro de conocer todas las castas, nunca había visto. Medía alrededor de un metro ochenta, iba vestido con pliegue tras pliegue de un tejido deslucido, similar al que se usa para cubrir a los caballos, y ninguno de esos pliegues remitía a Kim a algún oficio o profesión conocidos. Del cinto colgaban un alargado estuche para pinceles hecho de hierro calado y un rosario de cuentas de madera como los que usan los santones. En la cabeza llevaba una especie de sombrero gigantesco. Tenía el rostro amarillo y lleno de arrugas, como el de Fook Shing, el botero chino del bazar. Los ojos se alzaban en los rabillos y parecían pequeñas rendijas de ónice.

—¿Quién es ese? —preguntó Kim a sus compañeros.

—Puede que sea un hombre —respondió Abdullah con un dedo en la boca, mirando fijamente.

—Eso sin duda —contestó Kim—, pero no es como ningún hombre de la India que yo haya visto antes.

—A lo mejor es un sacerdote —intervino Chota Lal al ver el rosario—. ¡Mirad, va a entrar en la Casa de las Maravillas!

—No, no —dijo el policía al tiempo que negaba con la cabeza—. No entiendo lo que dices. —El agente hablaba punyabí—. Eh, Amigo de Todo el Mundo, ¿qué dice?

—Pídele que venga aquí —contestó Kim mientras se bajaba de Zam-Zammah impulsándose con los talones desnudos—. Es extranjero y tú eres un animal.

El hombre se dio la vuelta con gesto de impotencia y se dirigió hacia los chicos. Era viejo y su túnica de lana aún olía a la apestosa artemisa de los pasos de montaña.

—Niños, ¿qué es esa casa grande? —preguntó en un urdu bastante decente.

—La Ajaib-Gher, la Casa de las Maravillas —contestó Kim, pero sin añadir título alguno, como lala o mian. No lograba adivinar qué credo seguía aquel hombre.

—¡Ah, la Casa de las Maravillas! ¿Puedo entrar?

—Está escrito sobre la puerta: puede entrar todo el mundo.

—¿Sin pagar?

—Yo entro y salgo y no soy banquero —respondió Kim.

—¡Ay! Soy viejo y no lo sabía.

Luego, mientras tocaba su rosario, empezó a darse la vuelta hacia el museo.

—¿A qué casta perteneces? ¿Dónde está tu hogar? ¿Vienes de lejos? —preguntó Kim.

—He venido cruzando el valle de Kullu, desde más allá del monte Kailas, pero no creo que lo conozcas. Vengo de las montañas en las que el aire y el agua son frescos y limpios —suspiró.

—¡Ajá! Es khitai (chino) —afirmó Abdullah, muy orgulloso. Fook Shing lo había echado una vez de su tienda por escupir al incienso que ardía junto a las botas.

—Es pahari (montañés) —dijo el pequeño Chota Lal.

—Sí, niño, soy montañés de unas montañas que nunca verás. ¿Habéis oído hablar de Bhotia (Tíbet)? No soy khitai, sino bhotia (tibetano), ya que tanto os interesa. Soy lama, lo que en vuestra lengua sería un gurú.

—Un gurú del Tíbet —dijo Kim—. Nunca me he encontrado con alguien así. Entonces, ¿en el Tíbet hay hindúes?

—Seguimos el Camino Medio, vivimos en paz en nuestras lamaserías y yo voy a ver los Cuatro Lugares Sagrados antes de morir. Ahora vosotros, que sois niños, sabéis tanto como yo, que soy viejo.



Dedicó una sonrisa bondadosa a los críos.

—¿Has comido?

Buscó a tientas en la pechera de su túnica y sacó una gastada escudilla de madera para pedir limosna. Los niños asintieron. Todos los sacerdotes a los que conocían mendigaban.

—Aún no deseo comer —giró la cabeza como una tortuga anciana al sol—. ¿Es cierto que hay muchas imágenes en la Casa de las Maravillas de Lahore?

Repitió las últimas palabras como quien intenta asegurarse de una dirección.

—Lo es —respondió Abdullah—. Está llena de būts (ídolos) paganos. Tú también eres un idólatra.

—No le hagas caso —dijo Kim—. Esa es la casa del Gobierno y en ella no hay idolatría, solo un sahíb de barba blanca. Ven conmigo y te la enseño.

—Los sacerdotes desconocidos se comen a los niños —susurró Chota Lal.

—Y él es un desconocido y un būt-parast (idólatra) —dijo Abdullah, el mahometano.

Kim se rio.

—Es alguien nuevo. Corred a buscar seguridad en los regazos de vuestras madres. Tú ven conmigo.

Kim hizo girar el torno de entrada, el anciano lo siguió y luego se detuvo, asombrado. En la entrada se alzaban los ejemplos más grandes de esculturas greco-budistas realizadas —sabrían los sabios cuándo— por artesanos desconocidos cuyas manos buscaban hábilmente ese estilo griego transmitido de forma misteriosa. Había cientos de piezas: frisos con figuras en relieve, fragmentos de estatuas y losas llenas de figuras que habían estado incrustadas en los muros de ladrillo de las estupas y los vijaras[3] budistas de la zona norte del país y que ahora, tras haber

[3] La estupa es una construcción budista, generalmente circular, que sirve para custodiar reliquias o como monumento funerario. El vijara es un monasterio o templo de una de las ramas del budismo.

sido desenterradas y etiquetadas, constituían un motivo de orgullo para el museo. El lama se volvía hacia una cosa u otra, boquiabierto de asombro, y al final se detuvo, absorto en la contemplación de un gran alto relieve que representaba la coronación o apoteosis de Buda. El Maestro aparecía sentado sobre un loto cuyos pétalos estaban tan socavados que parecían encontrarse casi despegados del resto. A su alrededor se veía una devota jerarquía de reyes, ancianos y los cuatro budas anteriores a él. Bajo él, una extensión de agua cubierta de lotos, con peces y aves acuáticas. Dos dewas (ángeles) con alas de mariposa sostenían una corona de flores sobre su cabeza y, por encima de ellos, otros dos sujetaban un paraguas —símbolo de protección, poder, prestigio y de carácter sagrado en el budismo— sobre el que prevalecía el tocado cubierto de joyas del bodhisattva.

—¡El señor! ¡Es el señor Sakyamuni! ¡Es Siddharta Gautama! —casi sollozó el lama y, en voz baja, dio comienzo a la maravillosa invocación budista:

> A él el Camino, la Ley, el ascetismo,
> al que Maya abrazó contra su pecho,
> el maestro de Ananda, el bodhisattva[4].

—¡Está aquí! —continuó diciendo el lama—. La más excelsa de las leyes también está aquí. Mi peregrinaje no podía empezar mejor. ¡Y qué trabajo! ¡Qué buen trabajo!

—Allí está el sahíb —dijo Kim y avanzó entre las vitrinas del pabellón dedicado a la artesanía.

Un inglés de barba blanca observaba al lama, que se dio la vuelta muy serio, lo saludó y, tras buscar a tientas, sacó un cuaderno y un trozo de papel.

—Sí, ese es mi nombre —afirmó el inglés, sonriendo al ver la letra mal hecha e infantil.

[4] Maya fue la madre de Siddharta Gautama y Ananda su primo y discípulo preferido.

—Me lo dio uno de los nuestros que peregrinó a los Lugares Santos. Ahora es abad del monasterio de Lung-Cho —balbució el lama—. Habló de esto.

Su delgada mano abarcó cuanto lo rodeaba con un gesto tembloroso.

—Bienvenido seas entonces, lama del Tíbet. Aquí están las imágenes y yo busco reunir conocimiento —dijo el otro sin dejar de observar el rostro del lama—. Acompáñame a mi despacho.

El anciano se estremeció de emoción.

El despacho no era más que un pequeño cubículo de madera separado del museo por un tabique en el que se alineaban las esculturas. Kim pegó el oído a una grieta de la puerta de cedro, resquebrajada por el calor, y siguiendo su instinto se tumbó para escuchar y observar.

La conversación tuvo lugar por encima de su cabeza. El lama, titubeando al principio, le habló al director de su lamasería, el monasterio Such-zen, situado frente a las Piedras Pintadas, a cuatro meses de distancia a pie. El director sacó un gran libro de fotografías y le mostró ese mismo lugar, encaramado en un risco y dominando el gigantesco valle formado por estratos de muchas tonalidades.

—Sí, ¡sí! —El lama se puso un par de gafas con montura de carey, de manufactura china—. Aquí está la puertecita por la que introducimos la leña antes del invierno. Y vosotros, los ingleses, ¿sabéis todo esto? Me lo dijo el abad de Lung-Cho, pero no lo creí. ¿También se honra aquí al Señor, al Excelso? ¿Y se conoce su vida?

—Está tallada en la piedra. Ven a verlo, si ya has descansado.

El lama salió arrastrando los pies a la sala principal y, junto al director, examinó la colección con la veneración de un devoto y el instinto del artesano que sabe apreciar lo que ve.

Fue identificando incidente tras incidente de la bonita historia esculpida en la piedra borrosa, desconcertado de vez en cuando por la costumbre griega, desconocida para él, pero feliz como un niño ante cada nuevo tesoro oculto. Cuando alguna secuencia se interrumpía, como en la Anunciación de Buda Gautama, el director suplía la ausencia con algu-

no de sus muchos libros en francés y alemán que contenían fotografías y reproducciones.

Allí estaba el sabio Asita, el equivalente a Simeón en el cristianismo, con el Niño Sagrado en el regazo mientras los padres escuchaban, y allá los incidentes de la leyenda de su primo Devadata. Allí aparecía la malvada mujer que acusó al Maestro de impureza, maldita fuese, y el sermón del parque de los ciervos en Benarés, además del milagro que asombró a los adoradores del fuego. Allí estaba el bodhisattva ataviado y tratado como un príncipe, además de su milagroso nacimiento y de la muerte en Kushinagar, donde el débil discípulo se desmayó, e incontables repeticiones de su meditación junto al árbol bodi, el árbol de la sabiduría bajo el que Buda meditó y alcanzó la iluminación; también se veía por todas partes la adoración de la escudilla para limosnas. En cuestión de pocos minutos el director comprendió que su invitado no era un simple mendigo dedicado a rezar el rosario, sino un erudito en muchas facetas. Volvieron a observarlo todo otra vez, mientras el lama tomaba rapé, limpiaba sus gafas y se expresaba a gran velocidad en una mezcla sorprendente de urdu y tibetano. Había oído hablar de los viajes de los peregrinos chinos Fa Xian y Xuanzang y se mostraba ansioso por saber si existía una traducción de su crónica. Contuvo el aliento mientras hojeaba, sin poder dominarse, las traducciones de Samuel Beal de chino a inglés y las de Stanislas Julien de chino a francés.

—Está todo aquí. Es un tesoro oculto.

Luego se serenó para escuchar con reverencia ciertos fragmentos apresuradamente traducidos al urdu. Oyó hablar por primera vez de los esfuerzos de los eruditos europeos, quienes, con la ayuda de esos documentos y de muchos otros, identificaron los Lugares Sagrados del budismo. Después pudo ver un mapa impresionante, con parajes marcados y rutas delineadas en amarillo. El dedo moreno seguía al lápiz del director de punto en punto. Allí estaba Kapilavastu, allí el Reino Medio —el valle del Ganges y del Chambal—, allí Mahabodhi, la meca del budismo, y allí Kushinagar, el triste paraje de la muerte del Santo. El anciano inclinó su cabeza sobre los papeles en silencio durante un rato y el director encendió

otra pipa. Kim se había dormido. Al despertarse, la conversación, aún desbordada, le resultó más fácil de comprender.

—Y así, Fuente de la Sabiduría, fue como decidí viajar a los Lugares Sagrados que Él había pisado: el lugar de su nacimiento, incluso Kapilavastu; luego a Mahabodhi, que es Bodh Gaya, el monasterio; al parque de los ciervos y al lugar de su muerte. —El lama bajó la voz—. Vengo solo. Desde hace cinco, siete, dieciocho, cuarenta años pienso que la Ley Ancestral no se respeta y, según bien sabes, se reviste de maldad, hechizos e idolatría. Como acaba de decir el niño de ahí fuera. Sí, como ha dicho el niño, de būt-parast.

—Es lo que ocurre con todas las fes.

—¿Tú crees? Leí los libros de mi lamasería y no tenían sustancia, y el ritual posterior con el que nos hemos sobrecargado los de la Ley Reformada tampoco tiene valor a ojos de este anciano. Incluso los seguidores del Excelso no dejan de pelearse los unos con los otros. Todo es ilusión. Sí, maya, ilusión. Pero yo tengo otro deseo —el rostro amarillento y arrugado se quedó a diez centímetros del del director y la larga uña del índice golpeteó la mesa—. Según estos libros, vuestros eruditos han seguido todos los viajes de los Pies Sagrados, pero hay cosas que no han buscado. Yo no sé nada, no sé nada de nada, pero voy a liberarme de la Rueda de las Cosas siguiendo un camino amplio y despejado. —Su sonrisa resultó sencilla y triunfal—. Al peregrinar a los Lugares Sagrados hago méritos, pero hay más. Escucha esta verdad: cuando nuestro misericordioso Señor, siendo aún un muchacho, buscó pareja, los hombres de la corte de su padre dijeron que era demasiado joven para casarse, ¿eso lo sabes? —El director asintió con la cabeza y se preguntó qué vendría a continuación—. De modo que instituyeron la triple prueba de fuerza para todos los contendientes, para todos los que pretendían a la misma joven. En la prueba del arco, nuestro Señor rompió el primero que le entregaron y pidió otro que nadie pudiese combar, ¿eso lo sabes?

—Está escrito. Lo he leído.

—Su flecha superó todas las demás marcas y se perdió de vista. Al final cayó y, en el lugar en el que tocó tierra, brotó un arroyo que acabó

convirtiéndose en un río cuya peculiaridad, gracias a la benevolencia de nuestro Señor y al mérito por Él adquirido antes de liberarse, es que quien en él se bañe quede limpio de toda impureza y rastro de pecado.

—Así está escrito —contestó el director con tristeza.

El lama respiró hondo.

—¿Dónde está ese río, Fuente de la Sabiduría, ese río en el que cayó la flecha?

—Ay, hermano, no lo sé —respondió el director.

—No, si eres tan amable de olvidar… Es lo único que no me has contado. Tienes que saberlo. ¡Ya ves que soy un anciano! Te lo pido con la mayor humildad, Fuente de la Sabiduría. Sabemos que disparó la flecha. Sabemos que la flecha cayó. Sabemos que brotó el arroyo. Entonces, ¿dónde está el río? Un sueño me dijo que lo buscara y por eso he venido. Yo estoy aquí, pero ¿dónde está el río?

—Si lo supiera, ¿no crees que lo gritaría a los cuatro vientos?

—Gracias a él nos liberamos de la Rueda de las Cosas —continuó el lama, sin hacer caso—. ¡El Río de la Flecha! Piénsalo bien. Podría tratarse de un riachuelo, de los que se secan en la temporada de calor. Pero el Divino jamás engañaría así a un anciano.

—No lo sé. No lo sé.

El lama volvió a acercar las miles de arrugas de su rostro a un palmo de las del inglés.

—Veo que no lo sabes. Al no seguir la Ley, al no ser budista, es un asunto que se te escapa.

—Sí, así es.

—Ambos estamos atados a la tierra, hermano, pero yo voy a liberarme de ella y sus ataduras —dijo mientras el paño grueso y suave de su ropaje oscilaba al levantarse—. ¡Ven conmigo!

—Yo estoy atado —dijo el director—, pero ¿adónde vas tú?

—Primero a Kashi (Benarés), ¿adónde, si no? Allí, en el templo jainista de la ciudad, me reuniré con un seguidor de la fe pura. Él también busca en secreto y puede que me cuente algo. Tal vez me acompañe a

Bodh Gaya. Desde allí iré al norte y al oeste hasta Kapilavastu, donde buscaré el Río. No, lo buscaré en todos los lugares a los que vaya, pues no se sabe dónde cayó la flecha.

—¿Y cómo irás? Delhi está lejos y Benarés mucho más.

—Por carretera y tren. Desde Pathankot, después de dejar las montañas, llegué hasta aquí en te-ren. Es muy veloz. Al principio me asombró ver esos postes tan altos junto al camino que sostenían unos hilos. —Ilustró la situación y la vorágine de postes telegráficos al pasar el tren—. Pero después me agobié por la falta de espacio y tuve ganas de caminar, como siempre he hecho.

—¿Y sabes qué rumbo seguir? —preguntó el director.

—Para eso basta con hacer una pregunta y pagar la respuesta, así se llega al lugar buscado. Eso lo aprendí en mi lamasería, de fuentes fidedignas —contestó el lama, muy orgulloso.

—¿Cuándo te vas?

El director sonrió ante la mezcla de piedad propia del pasado y de progreso moderno que caracteriza a la India actual.

—Lo antes posible. Visitaré los lugares importantes de Su vida hasta que llegue al Río de la Flecha. Además, hay un papel en el que están escritos los horarios de los trenes que van al sur.

—¿Y la comida?

Los lamas suelen llevar dinero, pero el director quería asegurarse.

—Para el viaje llevo la escudilla del Maestro. Haré lo que Él hizo, renunciando a la vida desahogada de mi monasterio. Cuando abandoné la montaña me acompañaba un chela (discípulo) que mendigaba en mi nombre como exige la Regla, pero durante un alto que hicimos en Kullu se lo llevaron las fiebres. No tengo chela, pero yo me ocuparé de la escudilla para pedir limosna y así permitiré que los generosos hagan méritos.

Asintió con valentía. Los eruditos de las lamaserías no mendigan, pero el lama era un apasionado de su búsqueda.

—Como quieras —dijo el director sonriendo—. Entonces permíteme hacer méritos. Tú y yo somos artesanos. Aquí tienes un cuaderno nuevo

de papel blanco inglés y lápices afilados del dos y del tres, de mina gruesa y mina fina, buenos para un amanuense. Y ahora dame tus gafas.

El director miró a través de ellas. Los cristales estaban muy rayados, pero la graduación era casi la misma que la de las suyas, por lo que se las entregó al lama y le dijo:

—Pruébatelas.

—Son ligeras como una pluma. Es como llevar una pluma en la cara. —Muy contento, el anciano giró la cabeza y arrugó la nariz—. ¡Es que no las siento! ¡Y lo bien que veo!

—Son de bilaur, cristal, y no se rayan. Ojalá te ayuden a alcanzar tu Río, porque son tuyas.

—Las acepto —dijo el lama—, igual que los lápices y el cuaderno de papel blanco, como símbolo de amistad entre sacerdote y sacerdote, y ahora —manipuló su cinto, sacó el estuche hecho de hierro calado y lo dejó sobre la mesa del director—, esto es para que persista el recuerdo entre tú y yo: mi estuche para pinceles. Es viejo, tanto como yo.

Se trataba de una pieza de diseño chino y antiguo, hecha con un hierro que ya no se funde hoy en día, por la que el corazón de coleccionista oculto en el pecho del director había latido con fuerza desde el primer momento. No hubo manera de convencer al lama para que renunciase a regalarla.

—Cuando regrese tras haber descubierto el Río, te traeré un dibujo escrito del Padma Samthora, como los que solía hacer sobre seda en la lamasería. Sí, y de la Rueda de la Vida —se rio—, porque los dos somos artesanos, tú y yo.

El director lo habría retenido con gusto: quedan pocos en el mundo que conserven el secreto de los dibujos budistas tradicionales hechos a pincel, esos que en parte parecen escritos y en parte dibujados. Pero el lama se alejó con la cabeza muy alta, se detuvo un instante frente a la enorme estatua de un bodhisattva meditando y luego cruzó el torno, rozándolo con su ropaje.

Kim lo siguió como una sombra. Lo que había oído lo entusiasmaba. Aquel hombre suponía algo totalmente nuevo para él y pensaba continuar investi-



gando, como habría hecho con un edificio nuevo o un festival desconocido de Lahore. El lama era su tesoro y él tenía intención de apoderarse de él. La madre de Kim también había sido irlandesa.

El anciano se detuvo junto a Zam-Zammah y miró a su alrededor hasta que se fijó en Kim. La inspiración de su peregrinaje lo había abandonado temporalmente, por lo que se sintió viejo, desamparado y vacío.

—No te sientes bajo el cañón —dijo el policía con arrogancia.

—¡Ja! ¡Serás bobo! —intervino Kim en defensa del lama—. Si te apetece, siéntate bajo el cañón. ¿Cuándo le robaste las babuchas a la lechera, Dunnoo?

Era una acusación totalmente infundada, dicha sin pensar, pero hizo callar a Dunnoo, quien sabía que, en caso necesario, el grito de Kim atraería legiones de chicos malos del bazar.

—¿A quién has rendido culto ahí dentro? —preguntó Kim en tono amable, al tiempo que se acuclillaba a la sombra, junto al lama.

—No rendí culto a nadie, hijo. Me incliné ante la Ley Excelsa.

Kim aceptó ese nuevo dios sin emoción alguna. Ya conocía unas cuantas decenas.

—¿Y a qué te dedicas?

—Mendigo. Acabo de recordar que hace mucho que no como ni bebo. ¿Cuál es la costumbre para mendigar en esta ciudad? ¿En silencio, como hacemos en el Tíbet, o en voz alta?

—Quienes mendigan en silencio, mueren de hambre en silencio —dijo Kim, citando un proverbio nativo.

El lama intentó levantarse, pero volvió a dejarse caer mientras suspiraba por su discípulo, muerto en el lejano Kullu. Kim lo observó con la cabeza ladeada y gesto pensativo y de interés.

—Dame la escudilla, conozco a la gente de esta ciudad, a los que son caritativos. Dámela y te la devolveré llena.

El anciano se la entregó con la naturalidad de un niño.

—Tú descansa, que yo los conozco muy bien.

Corrió al puesto de una *kunjri*, una verdulera de casta baja, situado frente a la línea del tranvía que recorre el Bazar Motee. Hacía mucho que conocía a Kim.

—Eh, ¿te has convertido en yogui y por eso vas con una escudilla para pedir limosna? —le gritó la mujer.

—No —contestó Kim, muy orgulloso—. Hay un nuevo sacerdote en la ciudad. Nunca había visto a nadie como él.

—Sacerdote viejo, tigre joven —respondió enfadada la mujer—. ¡Estoy harta de los nuevos sacerdotes! Se posan como moscas sobre nuestra mercancía. ¿Acaso es el padre de mi hijo un pozo de caridad para dar a todos los que piden?

—No —dijo Kim—, tu hombre tira más a yagi (arisco) que a yogui (hombre santo). Pero este sacerdote sí es nuevo. El sahíb de la Casa de las Maravillas ha hablado con él como con un hermano. Buena mujer, llénname la escudilla, que el anciano espera.

—¡Menuda escudilla! Tan grande como el estómago de una vaca. Eres tan considerado como el toro sagrado de Shiva, que esta mañana ya se ha comido casi entera una cesta de cebollas y, claro, ahora yo tengo que llenarte la escudilla. Ahí viene otra vez.

El enorme y parduzco toro cebú del barrio se abría paso entre el gentío multicolor con un plátano robado colgando de la boca. Se dirigió hacia el puesto, sabedor de sus privilegios por ser un animal sagrado, bajó la cabeza y jadeó con fuerza a lo largo de la hilera de cestas antes de elegir. El pequeño y duro talón de Kim se alzó y le dio en el morro húmedo y azulado. Indignado, el toro soltó un bufido y se dirigió hacia las vías del tranvía mientras su joroba temblaba de ira.

—¿Lo ves? Te he ahorrado tres veces lo que te costará llenar la escudilla. Ahora, buena mujer, dame un poco de arroz y ponle encima algo de pescado seco, sí, y añade una pizca de curry vegetal.

De la trastienda, donde había un hombre acostado, surgió un gruñido.

—Ha espantado al toro —dijo la mujer en voz baja—. Es bueno dar limosna a los pobres.

Cogió la escudilla y se la devolvió llena de arroz caliente.

—Pero mi yogui no es una vaca —dijo Kim, muy serio, al tiempo que hacía un agujero con los dedos en medio del montón—. Un poco de curry le vendrá bien, y papadum, y creo que también le gustaría tomar algo de chutney.

—Ese agujero es tan grande como tu cabeza —se quejó la mujer.

Sin embargo, lo llenó con un curry vegetal muy bueno y humeante, sobre el que puso un papadum, al que añadió un poco de mantequilla

clarificada y, al lado, una muestra de chutney de tamarindo. Kim lo observó encantado.

—Está bien. Cuando yo me encuentre en el bazar, el toro no vendrá a esta casa. Es un mendigo muy audaz.

—¿Y tú no? —se rio la mujer—. Pero no hables mal de los toros. ¿No me has contado que un día un Toro Rojo saldrá de un campo para ayudarte? Ahora date prisa y pídele al santón que me bendiga. A lo mejor también conoce una cura para los ojos de mi hija. Pídele eso también, pequeño Amigo de Todo el Mundo.

Pero Kim ya se había alejado antes del final de la frase, esquivando chuchos y conocidos hambrientos.

—Así mendigamos los que sabemos hacerlo —le dijo, orgulloso, al lama, quien abrió mucho los ojos al ver el contenido de la escudilla—. Ahora come y… yo comeré contigo. ¡Eh, *bhistie*! —llamó al aguador que regaba los crotones junto al museo—. Trae agua, que estos dos hombres están sedientos.

—¡Dos hombres! —se rio el *bhistie*—. ¿Bastará un odre entero para semejante par? Bebed, en nombre del Compasivo.

Dejó caer un pequeño chorro de agua en las manos de Kim, que bebió según la costumbre nativa, pero el lama extrajo una taza de entre los muchos pliegues superiores de su ropaje y bebió con gesto solemne.

—*Pardesi* (extranjero) —explicó Kim mientras el anciano pronunciaba en una lengua desconocida lo que sin lugar a dudas era una bendición.

Disfrutaron de su comida juntos y dejaron la escudilla bien limpia. Luego el lama sacó un poco de rapé de una ostentosa calabaza de madera, toqueteó un rato su rosario y así cayó en el sueño pesado de la edad, al tiempo que la sombra de Zam-Zammah se volvía más alargada.

Kim se acercó al vendedor de tabaco más próximo, una mahometana joven y alegre, y le pidió un apestoso cigarro, de la marca que les venden a los alumnos de la universidad del Punyab, quienes copian las costumbres inglesas. Luego fumó y meditó, con las rodillas pegadas a la barbilla, bajo el vientre del cañón y, como resultado de sus pensamientos, partió

de forma repentina y furtiva en dirección al almacén de madera de Nila Ram.

El lama no se despertó hasta que la vida nocturna de la ciudad dio comienzo al encenderse las farolas y regresar a la ciudad los oficinistas y subalternos vestidos de blanco que trabajaban en las dependencias del Gobierno. Confuso, miró en todas direcciones, pero nadie lo miró a él, salvo un golfillo hindú ataviado con un sucio turbante y ropa entre grisácea y amarillenta. De repente, bajó la cabeza hasta las rodillas y gimió.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico, de pie frente a él—. ¿Te han robado?

—Es que mi nuevo chela, mi discípulo, me ha dejado y no sé dónde está.

—¿Y qué clase de hombre era tu discípulo?

—Era un chico que llegó a mí en lugar del que murió y por el mérito que merecí al inclinarme ante la Ley, ahí dentro. —Señaló hacia el museo—. Se acercó a mí para mostrarme un camino que yo había perdido. Me llevó al interior de la Casa de las Maravillas y, con sus palabras, me dio valor para hablar con el conservador de las imágenes y así me animé y me sentí más fuerte. Cuando estaba a punto de desfallecer de hambre, mendigó en mi lugar, como hace el chela por su maestro. Llegó sin aviso y sin aviso se marchó. Había pensado enseñarle la Ley camino de Benarés.

Kim se quedó asombrado porque había escuchado la charla mantenida en el museo y sabía que el anciano decía la verdad, algo que un nativo que viaja no suele hacer ante un desconocido.

—Y es que ahora sé que me fue enviado con un propósito. Así sé que encontraré cierto Río que busco.

—¿El Río de la Flecha? —preguntó Kim con sonrisa de superioridad.

—¿Eres otro enviado? —exclamó el lama—. No he hablado con nadie de mi búsqueda, salvo con el Sacerdote de las Imágenes. ¿Quién eres?

—Tu chela —contestó Kim al tiempo que se sentaba sobre los talones—. En toda mi vida he visto a alguien como tú. Iré contigo a Benarés.

Además, creo que un anciano como tú, que cuenta la verdad a quienes conoce por casualidad al anochecer, necesita un discípulo urgentemente.

—Pero el Río… ¿el Río de la Flecha?

—Lo oí cuando hablabas con el inglés. Me tumbé junto a la puerta.

El lama suspiró.

—Creí que eras un guía concedido. Esas cosas ocurren a veces, pero yo no lo merezco. ¿Así que no conoces el Río?

—No. —Kim se rio incómodo—. Yo tengo que buscar un toro, un Toro Rojo sobre un campo verde que me ayudará.

Como cualquier chico, si un conocido tenía un plan, Kim también tenía el suyo y, como cualquier chico, nunca había pensado ni veinte minutos seguidos en la profecía de su padre.

—¿A qué, hijo? —preguntó el lama.

—Sabe Dios, pero eso fue lo que me dijo mi padre. En la Casa de las Maravillas te oí hablar de todos esos lugares nuevos y desconocidos que están en las montañas y si alguien tan viejo, tan pequeño y tan acostumbrado a decir la verdad es capaz de salir al camino por algo tan insignificante como un río, creo que yo también debería viajar. Si nuestro destino es encontrar esas cosas, las encontraremos: tú el río y yo el toro y las Sólidas Columnas y algunas otras cosas que he olvidado.

—Yo no me libraré de unas columnas sino de una Rueda —dijo el lama.

—Es lo mismo. Tal vez a mí me hagan rey —respondió Kim, muy sereno, preparado para cualquier cosa.

—De camino te enseñaré a desear otras cosas mejores —dijo el lama con autoridad—. Vámonos a Benarés.

—De noche no. Hay ladrones. Espera al día.

—Pero no hay donde dormir.

El anciano estaba acostumbrado al orden de su monasterio y, aunque dormía sobre el suelo, tal y como exige la Regla, prefería conservar cierta decencia en ese aspecto.

—Encontraremos alojamiento en el caravasar de Cachemira —dijo Kim, riéndose ante el gesto de perplejidad del anciano—. Allí tengo un amigo. ¡Vamos!

Las luces brillaban en los calurosos bazares atestados de gente mientras ellos se abrían paso entre una multitud formada por todas las razas del norte de la India y el lama andaba como si estuviese soñando. Era su primera experiencia en una ciudad grande e industrial y el tranvía lleno de viajeros, con el chirriar continuo de sus frenos, lo asustaba. A veces empujado y otras a remolque, llegó a la gran puerta del caravasar de Cachemira, ese enorme espacio abierto pegado a la estación de tren, rodeado de soportales abovedados, donde se alojan las caravanas de camellos y caballos cuando regresan de Asia Central. Allí había toda clase de gentes del norte atendiendo a los potros amarrados y a los camellos hincados de rodillas, cargando y descargando fardos y balas de heno, sacando agua para la cena con las chirriantes poleas de los pozos, apilando hierba frente a los sementales de ojos asustados que no cesaban de relinchar, atando a los ariscos perros que acompañan a las caravanas, pagando a los camelleros, contratando nuevos mozos de cuadra, blasfemando, gritando, discutiendo y haciendo negocios en la plaza abarrotada. Los soportales, a los que se llegaba tras ascender tres o cuatro escalones de albañilería, conformaban un puerto seguro que rodeaba aquel turbulento mar. Los mercaderes alquilaban la mayoría de ellos, como nosotros alquilamos los arcos de un viaducto. El espacio entre columnas se dividía, con paredes de ladrillo o de tablones, en habitaciones protegidas por pesadas puertas de madera y voluminosos candados nativos. Las puertas cerradas indicaban que su propietario se encontraba fuera y algunos símbolos hechos con tiza o pintura daban cuenta de adonde había ido, aunque en ocasiones los acompañaba alguna grosería. Por ejemplo: «Lutuf Ullah se ha ido al Kurdistán» y abajo, con muy mala idea: «Oh, Alá, que sufriste que los piojos vivieran en el abrigo de un kabulí, ¿por qué has permitido que el piojo de Lutuf viva tanto?».

Kim, ayudando al lama a pasar entre hombres y bestias enardecidos, caminó sigiloso a lo largo de los soportales hasta el extremo más alejado,

el más próximo a la estación de tren, donde vivía Mahbub Alí, el tratante de caballos, cuando llegaba desde la misteriosa tierra situada allende los Pasos del Norte.

En su corta vida, Kim había tratado muchas veces con Mahbub, sobre todo entre los diez y los trece años, y el enorme y corpulento afgano, de barba teñida de escarlata (porque se hacía mayor y no quería que se vieran sus canas), era consciente del valor del chico a la hora de reunir información. A veces le decía a Kim que vigilase a un hombre que no estaba relacionado con los caballos, que lo siguiera durante un día entero y diese parte de todos aquellos con los que había hablado. Kim informaba al anochecer y Mahbub lo escuchaba sin decir una palabra ni hacer gesto alguno. Kim sabía que se trataba de alguna clase de conspiración y que su valor residía en no decir nada a nadie que no fuese Mahbub, quien lo invitaba a copiosas comidas, siempre calientes, del establecimiento situado al principio del caravasar y en una ocasión incluso llegó a darle ocho anas.

—Está aquí —dijo Kim al tiempo que golpeaba a un camello malhumorado en el hocico— ¡Hola, Mahbub Alí!

Se detuvo ante un arco oscuro y se escondió tras el desconcertado lama. El tratante de caballos, tras aflojarse el cinturón de Bujará, profusamente bordado, se había tumbado sobre un par de alforjas hechas con tapiz de seda y daba caladas sin prisa a un inmenso narguilé de plata. Cuando oyó el grito giró levemente la cabeza y, al ver solo aquella figura alta y silenciosa, dejó escapar una risita.

—¡Por alá! ¡Un lama! ¡Un lama rojo! Hay mucho camino de Lahore a los Pasos, ¿qué haces aquí?

El lama, en un gesto mecánico, le tendió la escudilla.

—¡Que Dios maldiga a todos los infieles! —exclamó Mahbub—. Yo no le doy nada a un asqueroso tibetano, pero pídeselo a mis hombres de Baltistán, que están ahí, detrás de los camellos. Puede que ellos valoren tus bendiciones. Eh, mozos, este es paisano vuestro. Enteraos de si tiene hambre.

Un baltistaní sin barba acuclillado, que había llegado acompañando a los caballos y que en teoría era una especie de infame budista, aduló al sacerdote y entre marcados sonidos guturales imploró al santo que se sentara junto a la hoguera de los mozos de cuadra.

—Vete —le dijo Kim y lo empujó ligeramente, de modo que el lama se alejó y dejó a Kim en la entrada del soportal.

—Vete —dijo Mahbub Alí, concentrándose de nuevo en su narguilé—. Pequeño hindú, largo de aquí. ¡Que Dios maldiga a todos los infieles! Pídeles limosna a los de mi séquito que compartan tu fe.

—Marajá —gimoteó Kim, usando el tratamiento hindú y disfrutando muchísimo de la situación—, mi padre está muerto, mi madre está muerta y mi estómago está vacío.

—Te he dicho que mendigues entre mis hombres, los que están con los caballos. Seguro que hay algún hindú.

—Ay, Mahbub Alí, ¿es que acaso soy hindú? —preguntó Kim en inglés.

El tratante no dejó ver su asombro, pero sus ojos, ocultos bajo unas cejas muy pobladas, lo observaron a fondo.

—Pequeño Amigo de Todo el Mundo, ¿qué ocurre? —dijo.

—Nada. Ahora soy el discípulo de ese santón y nos vamos a peregrinar juntos, él dice que a Benarés. Está un poco loco y yo estoy harto de Lahore. Deseo respirar nuevos aires y beber otras aguas.

—Pero ¿para quién trabajas? ¿Por qué acudes a mí? —La sospecha endurecía su voz.

—¿Y a quién más iba a acudir? No tengo dinero. No es bueno andar por ahí sin dinero. Tú vas a vender muchos caballos a los oficiales. Y estos son caballos nuevos, de lo mejor. Los he visto. Dame una rupia, Mahbub Alí, y cuando me haga rico te la devolveré.

—Bueno —respondió Mahbub Alí mientras pensaba a gran velocidad—, hasta ahora nunca me has mentido. Llama al lama y ocúltate en la oscuridad.

—Nuestras versiones coincidirán —dijo Kim mientras se reía.

—Nos vamos a Benarés —afirmó el lama en cuanto comprendió el sentido de las preguntas de Mahbub Alí—. El chico y yo. Yo voy en busca de un río concreto.

—Puede ser. ¿Y el chico?

—Es mi discípulo. Creo que ha sido enviado para que me guie hasta ese Río. Yo estaba sentado debajo de un cañón cuando él apareció de repente. Esas cosas les ocurren a los afortunados a los que se les concede la orientación. Pero ahora recuerdo que dijo ser de este mundo, hindú.

—¿Y su nombre?

—No se lo pregunté. ¿No es mi discípulo?

—¿Su país, su raza, su aldea? ¿Musulmán, sij, hindú, jainista? ¿De casta alta o baja?

—¿Por qué iba a preguntarle? En el Camino Medio no hay casta alta ni baja. Si es mi chela, ¿va alguien a arrebatármelo? ¿Puede alguien hacerlo? Porque, verás, sin él no encontraré mi Río —dijo e hizo un solemne gesto de negación con la cabeza.

—Nadie te lo arrebatará. Ve a sentarte junto a mis baltistaníes —respondió Mahbub Alí y el lama se alejó, tranquilizado por su promesa.

—¿No te parece un loco? —preguntó Kim, de nuevo bajo la luz—, ¿por qué iba a mentirte, hajji?

Mahbub continuó fumando en silencio y luego, casi susurrando, dijo:

—Ambala queda camino a Benarés, si es cierto que vais allí.

—¡Eh!, te aseguro que no sabe mentir… como sabemos nosotros.

—Si llevas un mensaje mío hasta Ambala, te daré dinero. Está relacionado con un caballo, un semental blanco que le vendí a un oficial la última vez que volví de los Pasos. Pero resulta que…, acércate más y junta las manos, como si estuvieras mendigando, el pedigrí del semental blanco no quedó perfectamente demostrado y el oficial, que ahora se encuentra en Ambala, me pidió que lo aclarara. (En este punto Mahbub describió el caballo y el aspecto del oficial). De modo que el mensaje para ese oficial será: «El pedigrí del semental blanco queda perfectamente demostrado». Así sabrá que te envío yo. Entonces preguntará:

«¿Qué prueba tienes?» y tú responderás: «Mahbub Alí me ha dado la prueba».

—Y todo por un semental blanco —dijo Kim con una risita y los ojos ardiendo de emoción.

—Te voy a dar yo ese pedigrí ahora mismo…, a mi manera, junto con alguna que otra palabra fuerte. —Pasó una sombra entre Kim y un camello que estaba comiendo. Mahbub Alí alzó la voz—. ¡Por Alá! ¿Es que crees que eres el único mendigo de la ciudad? Tu madre está muerta. Tu padre está muerto. Es lo que les pasa a todos. Bueno, a ver... —se volvió para tantear el suelo, a su lado, y le lanzó al chico un pan de pita blando y grasiento—. Esta noche ve a descansar junto a mis mozos… id tú y tu lama. Mañana puede que te encuentre alguna utilidad.

Kim se marchó sin hacer ruido. Le dio un mordisco al pan y, tal y como esperaba, encontró un pequeño paquete hecho con papel de seda doblado y envuelto en hule, con tres rupias de plata: todo un regalo. Sonrió y guardó dinero y papel en su funda de cuero para amuletos. El lama, a quien los baltistaníes de Mahbub habían alimentado con gran magnificencia, dormía en un rincón de uno de los cubículos. Kim se tumbó a su lado y se rio. Sabía que le había prestado un servicio a Mahbub Alí y ni un solo minuto creyó la historia del semental blanco.

Pero Kim no sospechaba que Mahbub Alí, conocido por ser uno de los mejores tratantes de caballos del Punyab, un tratante adinerado y emprendedor, cuyas caravanas se adentraban muchísimo en territorio desconocido, estaba registrado en uno de los libros secretos del Departamento Indio de Topografía[5] como C.25.1B. Dos o tres veces al año C.25 enviaba un breve relato, mal contado pero muy interesante, y generalmente —tras verificarlo con las declaraciones de R.17 y M.4— muy cierto. Tenía que ver con toda clase de remotos principados de las montañas, con exploradores de cualquier nacionalidad que no fuese la inglesa y el comercio de armas: en

[5] El Departamento Indio de Topografía era una división de la administración británica que, durante todo el siglo XIX, se ocupó de trazar los mapas de las zonas que quedaban bajo control británico, pero también se encargaba de las tierras situadas fuera de las fronteras del Imperio. Para eso reclutaban nativos indios, porque llamaban menos la atención que los europeos. Aun así, les costaba ocultar el fin verdadero de sus actividades.

resumen, se trataba de una pequeña parte de esa enorme cantidad de «información recibida» según la que actúa el Gobierno indio. Pero hacía poco tiempo que una amable potencia del norte había comunicado a cinco reyes confederados, de los que no tenían derecho a confederarse, que existía una filtración de información desde sus territorios hacia la India británica[6]. De modo que los primeros ministros de dichos reyes se molestaron sobremanera y tomaron medidas al estilo oriental. Entre muchos otros sospechaban del amenazador tratante de caballos de barba roja cuyas caravanas cruzaban sus bastiones hundidos en la nieve hasta el vientre. Al menos, esa temporada a su caravana le habían tendido una emboscada y disparado en dos ocasiones durante el viaje de regreso, cuando los hombres de Mahbub acabaron con tres rufianes desconocidos que podían haber sido contratados a tal efecto o no. Por eso Mahbub evitó hacer un alto en la insalubre ciudad de Peshawar y había continuado sin detenerse hasta Lahore, donde, buen conocedor de sus paisanos, preveía que se producirían curiosos acontecimientos.

Además, Mahbub Alí llevaba algo encima que no deseaba retener ni una hora más de lo necesario —un paquete hecho con papel de seda doblado y envuelto en hule—, una afirmación impersonal, sin dirección, con cinco agujeritos microscópicos en una esquina que traicionaba escandalosamente a los cinco reyes confederados, a la comprensiva potencia del norte, a un banquero hindú de Peshawar, a una empresa fabricante de armas radicada en Bélgica y a un importante gobernante del sur, mahometano y semiindependiente. Formaba parte del trabajo de R.17 y Mahbub lo había recogido al otro lado del Paso Dorah (en la frontera entre Afganistán y Chitral) y lo llevaba en lugar de R.17, quien, debido a unas circunstancias sobre las que no ejercía control alguno, no podía abandonar su puesto de observación. La dinamita era inocua e inofensiva en comparación con ese informe de C.25, e incluso un oriental, con sus carac-

[6] La potencia del norte es Rusia, que a finales del XIX extendió sus dominios hasta alcanzar las fronteras de Afganistán. Realizó varias incursiones en la India imperial y se tiene constancia de que había algunos estados independientes que simpatizaban con ella. Por supuesto, a los británicos no les hacía ninguna gracia y opinaban que parte de esas actividades infringían el acuerdo anglo ruso de 1873.

terísticas ideas sobre el valor del tiempo, era consciente de que cuanto antes llegase a las manos adecuadas, mejor. Mahbub no deseaba morir de forma violenta porque había dos o tres reyertas familiares sin resolver al otro lado de la frontera que le tocaba a él solucionar y, una vez solucionadas, tenía la intención de sentar cabeza como cualquier ciudadano más o menos virtuoso. Desde su llegada, dos días antes, no había cruzado la puerta del caravasar, pero había hecho ostentación de los telegramas enviados a Bombay, donde guardaba parte de su dinero; a Delhi, donde un socio minoritario de su propio clan vendía caballos al agente de un estado de Rajputana; y a Ambala, donde un inglés exigía, muy alterado, el pedigrí de un semental blanco. El amanuense público, que sabía inglés, compuso unos telegramas excelentes, como por ejemplo: «Creighton, Banco Laurel, Ambala: Caballo es árabe según lo dicho. Perdón retraso pedigrí que estoy traduciendo». Y después, a la misma dirección: «Siento mucho retraso. Enviaré pedigrí». A su socio de Delhi le telegrafió: «Lutuf Ullah. Enviado dos mil rupias tu nombre al banco Luchman Narain». Todos estaban relacionados con su empresa, pero ciertas personas, que decían sentirse interesadas por cada uno de ellos, los estudiaron y comentaron antes de que llegasen a la estación de tren a cargo de un imprudente baltistaní que permitió que toda clase de gente los leyera por el camino.

Tras haber enturbiado los pozos de indagación con el palo de la cautela —usando el pintoresco lenguaje de Mahbub—, apareció Kim como enviado del cielo y, ya que Mahbub Alí era tan rápido como falto de escrúpulos y estaba acostumbrado a aprovechar cualquier tipo de oportunidad que surgiera, lo reclutó de inmediato a su servicio.

Un lama peregrino con un criado de casta baja y pocos años podrían llamar la atención un instante en su viaje por la India, la tierra de los peregrinos, pero nadie sospecharía de ellos ni les robaría, que era aún más importante.

Pidió un nuevo carbón encendido para su narguilé y meditó sobre la situación. Si el asunto se complicaba y al chico le pasaba algo, el papel no incriminaba a nadie. Él podría ir a Ambala con tranquilidad y, a pesar

de arriesgarse a levantar sospechas de nuevo, repetir su historia en persona a quienes les incumbiese.

Pero el informe de R.17 era el meollo de la cuestión y resultaría de lo más inoportuno que no llegase a quien debía llegar. Si embargo, Dios era grande y Mahbub Alí estaba convencido de haber hecho todo lo posible, al menos de momento. Kim era la única alma del mundo que nunca le había contado una mentira. Eso habría supuesto un defecto fatal en la personalidad de Kim, pero Mahbub sabía que Kim era capaz de mentirles a otros, por su propio bien o por el de los negocios de Mahbub, como cualquier oriental.

Después, Mahbub Alí cruzó el caravasar hasta la Puerta de las Harpías que se pintan los ojos y engañan al extranjero y se esforzó por ver a la única joven que, según creía, era amiga íntima de un *pandit* (erudito) lampiño de Cachemira que había abordado a su inocente baltistaní por el asunto de los telegramas. Era una locura, porque se dedicaron a beber brandy perfumado, contraviniendo la Ley del Profeta, y Mahbub se emborrachó a fondo, por lo que se le soltó la lengua y persiguió a la Flor del Placer con la insistencia que da la embriaguez hasta que cayó inconsciente entre los cojines, donde la Flor del Placer, ayudada por un pandit lampiño de Cachemira, lo registró concienzudamente de la cabeza a los pies.

Más o menos a esa hora Kim oyó unas leves pisadas en el cubículo vacío de Mahbub. Curiosamente, el tratante de caballos no había cerrado la puerta con llave y sus hombres estaban ocupados celebrando su regreso a la India asando una oveja entera, obsequio de Mahbub. Un joven y elegante caballero de Delhi, armado con un manojo de llaves que la Flor había desatado del cinturón del inconsciente, inspeccionó hasta la última de las cajitas, fardos de ropa, alfombras y alforjas propiedad de Mahbub con más orden e interés incluso que los mostrados por la Flor y el pandit durante el registro de su dueño.

—Creo que no es más que un cerdo tratante de caballos afgano —dijo la Flor una hora después con desprecio y un codo redondeado apoyado en el cuerpo que roncaba—, de esos a los que solo les importan las mujeres

y los caballos. Además, si alguna vez existió, a estas alturas podría haberlo enviado ya.

—No, un asunto relacionado con los cinco reyes lo guardaría junto a su negro corazón —respondió el pandit—. ¿No había nada?

Al entrar, el hombre de Delhi se rio y acomodó mejor su turbante.

—Mientras la Flor registraba su ropa yo he buscado entre las suelas de sus babuchas. Este no es el hombre, tiene que ser otro. No he dejado nada sin examinar.

—Nadie afirmó que fuera él —comentó el pandit con gesto pensativo—. Lo que dijeron fue: «Comprobad si se trata de él, ya que los de nuestros consejos están preocupados».

—Ese territorio del norte está tan lleno de tratantes de caballos como un abrigo viejo de piojos. También hacen negocios allí Sikandar Khan, Nur Alí Beg y Farrukh Shah y todos son jefes de kafilas (caravanas) —dijo la Flor.

—Aún no han llegado —respondió el pandit—. Tendrás que ocuparte de tenderles una trampa cuando lo hagan.

—¡Uf! —dijo la Flor con cara de asco mientras apartaba la cabeza de Mahbub de su regazo—. Me gano bien mi dinero. Farrukh Shah es un oso, Alí Beg un aventurero y el viejo Sikandar Khan… ¡arg! ¡Marchaos! Este cerdo no se moverá hasta el amanecer.

Cuando Mahbub se despertó, la Flor le habló con severidad sobre el pecado de la embriaguez. Los asiáticos no guiñan un ojo cuando han aventajado a su enemigo, pero cuando Mahbub Alí se aclaró la garganta, se apretó el cinturón y salió tambaleándose a la luz de las primeras estrellas del alba estuvo casi a punto de hacerlo.

«Menuda artimaña —se dijo a sí mismo—. ¡Como si no la usaran todas las chicas guapas de Peshawar! Pero bien hecha, eso sí. Aunque sabrá Dios cuántos más habrá en el camino con órdenes de ponerme a prueba, incluso usando el cuchillo. Así que, sin duda, el chico tiene que ir a Ambala y en tren, porque es urgente entregar la nota. Yo debo quedarme aquí, siguiendo a la Flor y bebiendo vino como un tratante afgano».



Se detuvo en el cubículo anterior al suyo. Allí estaban sus hombres, profundamente dormidos. No había ni rastro de Kim o del lama.

—¡Eh! —Despertó a uno de los durmientes—. ¿A dónde se han ido los que durmieron aquí anoche? ¿El lama y el niño? ¿Falta algo?

—No —gruñó el hombre—, el viejo se levantó al segundo canto del gallo, dijo que tenía que irse a Benarés y el chico se lo llevó.

—Que Alá maldiga a todos los infieles —dijo Mahbub de corazón y entró en su cubículo sin dejar de farfullar.

Pero fue Kim quien despertó al lama, ese Kim que, con un ojo pegado a un hueco en la madera que formaba el muro de separación, había visto al hombre de Delhi registrarlo todo. Un ladrón común no examinaba cartas, facturas y sillas de montar; quien introducía una navajita entre las suelas de las babuchas de Mahbub o registraba tan hábilmente las costuras de las alforjas no era un simple ladrón. Al principio, Kim había estado a punto de dar la alarma, de gritar ese interminable ¡cho-or-choor! (¡Ladrón! ¡Ladrón!) que pone en pie de guerra el caravasar entero. Pero prestó más atención a lo que veía y, con la mano sobre su amuleto, sacó sus propias conclusiones.

«Debe de ser por el pedigrí de ese caballo inventado, por eso que yo debo llevar a Ambala —se dijo—. Será mejor que nos vayamos enseguida. Quienes usan navajas para registrar alforjas podrían usarlas también para abrir vientres. Seguro que detrás de todo esto hay una mujer».

—¡Eh! ¡Eh! —le dijo en un susurro al anciano de sueño ligero—. Vamos. Es la hora. Ha llegado el momento de irnos a Benarés.

El lama se levantó al instante y juntos abandonaron el caravasar como sombras.

# Capítulo II

Quienes así lo hagan, libres de todo orgullo,
sin despreciar credo o sacerdote alguno,
podrán sentir el alma de todo el Oriente
abrazarlos en Kamakura.[7]

Entraron en la estación de tren, que semejaba una fortaleza y permanecía a oscuras en el último tramo de la noche, aunque la luz eléctrica crepitaba en el almacén de mercancías, donde se ocupan del denso tráfico del grano procedente del norte.

—¡Esto es obra de los demonios! —dijo el lama y retrocedió horrorizado ante la oscuridad resonante y vacía, el tenue brillo de los raíles que discurrían entre los andenes de ladrillo y el laberinto de vigas sobre ellos.

Se encontraba en un gigantesco vestíbulo de piedra, pavimentado, al parecer, con difuntos envueltos en sudarios: pasajeros de tercera que habían comprado sus billetes de noche y dormían en las salas de espera. Para los orientales, las veinticuatro horas del día son iguales y su tráfico de pasajeros se regula en consecuencia.

—Hasta aquí llegan los carruajes de fuego. Hay que ponerse de pie junto a ese agujero —Kim señaló la taquilla—, donde te entregarán un papel para ir a Ambala.

—Pero nosotros vamos a Benarés —contestó el anciano de mal humor.

—Es lo mismo, pues a Benarés. Rápido, ¡ahí viene!

[7] Sexta estrofa de «El buda de Kamakura».

—Llévate el dinero.

El lama, que no estaba tan acostumbrado a los trenes como pretendía, se sobresaltó cuando el de las 3:25 que iba al sur entró provocando un enorme estruendo. Los durmientes volvieron a la vida y la estación se llenó de chillidos y protestas, de los gritos de los aguadores y los vendedores de dulces, de los rugidos de los policías nativos y de los estridentes alaridos de las mujeres que intentaban reunir sus cestos, familias y maridos.

—Es el tren, no es más que el te-ren. No llegará hasta aquí. ¡Espera!

Atónito ante la inmensa inocencia del lama (le había entregado una bolsita llena de rupias), Kim pidió y pagó un billete a Ambala. Un taquillero adormilado gruñó y le pasó un billete para la siguiente estación, situada tan solo a seis millas de distancia.

—No —dijo Kim mientras lo estudiaba con una sonrisa—. Puede que los campesinos se lo traguen, pero yo vivo en Lahore. Has sido muy listo, babu. Ahora dame el billete a Ambala.

El babu frunció el ceño y le entregó el billete correcto.

—Ahora otro a Amritsar —dijo Kim, que no tenía intención de gastarse el dinero de Mahbub Alí en algo tan vulgar como un viaje pagado a Ambala, y luego le explicó al lama—: El precio es tanto. Las monedas de la vuelta son estas. Sé cómo funciona el te-ren. Nunca un yogui ha necesitado un chela tanto como tú —continuó diciéndole al asombrado lama—. De no ser por mí te habrían echado del tren en Mian Mir. ¡Sígueme! Vamos.

Le dio las vueltas y como comisión —esa comisión inmemorial de Asia— se quedó solo con un ana por cada rupia del precio del billete hasta Ambala.

El lama se resistió ante la puerta abierta de un abarrotado carruaje de tercera.

—¿No sería mejor ir andando? —preguntó sin mucha fuerza.

Un corpulento artesano sij adelantó su barbuda cabeza.

—¿Tiene miedo el anciano? No tengas miedo. Recuerdo cuando a mí también me daban miedo los trenes. ¡Entra! Esto es obra del Gobierno.

—No tengo miedo —contestó el lama—. ¿Hay sitio para dos?

—No hay sitio ni para un ratón —chilló la esposa de un próspero agricultor, un jat hindú de la rica región de Jalandhar—. No cuidan tan bien de los trenes nocturnos como de los diurnos, donde ambos sexos deben viajar en vagones separados.

—Madre de mi hijo, podemos hacer sitio —dijo su esposo, el del turbante azul—. Recoge al niño en el regazo. Se trata de un hombre santo, ¿es que no lo ves?

—Ya llevo en el regazo diecisiete veces siete bultos. ¿Por qué no le dices a él que se siente en mis rodillas, desvergonzado? ¡Pero es que así son los hombres! —Miró a su alrededor en busca de aprobación. Una cortesana de Amritsar que iba junto a la ventana resopló con desprecio, oculta tras su manto.

—¡Entrad! ¡Entrad! —gritó un gordo prestamista hindú que llevaba su libro mayor doblado y envuelto en una tela bajo el brazo. Enseguida, con una sonrisita empalagosa, añadió—: Es bueno ser amable con los pobres.

—Sí, al siete por ciento mensual por una hipoteca sobre el ternero que aún no ha nacido —comentó un joven soldado dogra que iba al sur de permiso.

Todos se rieron.

—¿Este tren va a Benarés? —preguntó el lama.

—Claro, si no, ¿qué haríamos aquí? Entra o nos quedamos en tierra —contestó Kim.

—¡Mirad! —chilló la joven de Amritsar—. Nunca ha subido a un tren. ¡Mirad!

—Yo te ayudo —dijo el agricultor al tiempo que le tendía una mano enorme y morena y tiraba de él hacia dentro—. Así se hace, padre.

—Pero…, pero…, me siento en el suelo. Va contra la Regla sentarse en un banco —dijo el lama—. Además, me da calambres.

—A mí me parece que no hay ni una sola regla del buen vivir que estos te-renes no nos obliguen a romper —intervino el prestamista, frunciendo los labios—. Por ejemplo, nos sentamos todas las castas y razas juntas.

—Sí, y con las más escandalosamente desvergonzadas —añadió la esposa mientras fruncía el ceño en dirección a la joven de Amritsar, que le hacía ojitos al cipayo.

—Te dije que era mejor ir en carro —declaró el esposo—, y así habríamos ahorrado dinero.

—Claro, y por el camino nos habríamos gastado en comida el doble de lo ahorrado. Eso ya lo hablamos diez mil veces.

—Sí, con diez mil lenguas —gruñó el esposo.

—Que los dioses nos ayuden, pobres de nosotras, si tampoco podemos hablar. ¡Vaya! Es de los que no miran ni contestan a las mujeres —añadió enseguida, porque el lama, obligado por su Regla, no le prestaba ni la más mínima atención—. ¿Y su discípulo es como él?

—No, madre —respondió Kim, sin perder un segundo—. No cuando la mujer es hermosa y, sobre todo, caritativa con los hambrientos.

—Esa es una respuesta propia de un mendigo —se rio el sij—. ¡Tú te lo has buscado, hermana!

Kim mantenía las manos en un gesto de súplica.

—¿Y a dónde vais? —preguntó la mujer al tiempo que le entregaba medio papadum que sacó de un paquete grasiento.

—A Benarés.

—¿Sois malabaristas, por casualidad? —sugirió el joven soldado—. ¿Sabéis algún truco que nos ayude a pasar el tiempo? ¿Por qué no contesta ese hombre de piel amarillenta?

—Porque es un hombre santo —respondió Kim con firmeza— y medita sobre cosas que a ti se te ocultan.

—Puede ser. Nosotros, los sijs de Ludhiana —alzó la voz para que quedase muy claro—, no nos llenamos la cabeza con doctrinas. Nosotros luchamos.

—El hijo del hermano de mi hermana es naik (cabo) en ese regimiento —afirmó, muy tranquilo, el artesano sij—. Allí también hay compañías de dogras.

El soldado lo miró con furia porque el dogra no comparte casta con el sij, y el banquero soltó una risita tonta.

—Para mí todos son iguales —dijo la joven de Amritsar.

—No lo dudamos —soltó con maldad la esposa del agricultor.

—No, pero todos los que sirven al sirkar, al Gobierno, con armas forman una hermandad, por decirlo de esa forma. Existe la hermandad de la casta, pero más allá de eso —la joven miró a su alrededor con timidez— existe el vínculo del pulton, del regimiento, ¿no?

—Mi hermano está en un regimiento jat —dijo el agricultor—. Los dogras son buenos hombres.

—Al menos vuestros sijs compartían esa opinión —contestó el soldado, frunciendo el ceño hacia el anciano tranquilo que ocupaba el rincón—. Eso pensaron vuestros sijs cuando nuestras dos compañías acudieron a ayudarlos en Pirzai Kotal, frente a ocho estandartes de los afridi no hace ni tres meses, en el Paso.

Relató un episodio fronterizo en el que las compañías de dogras de los sijs de Ludhiana habían salido bien paradas. La joven de Amritsar sonrió porque sabía que la historia tenía como fin ganar su aprobación.

—¡Ay! —exclamó al final la esposa del agricultor—. ¿De modo que quemaron sus aldeas y sus hijos se quedaron sin hogar?

—Habían mutilado a nuestros muertos. Pagaron un alto precio por la lección que les dimos nosotros, los sijs. Así fue. ¿Ya estamos en Amritsar?

—Sí, y aquí picarán nuestros billetes —dijo el banquero mientras revolvía el contenido de su cinto.

El alba hacía palidecer las lámparas cuando apareció el revisor mestizo. En Oriente, recoger billetes es un trabajo lento porque la gente esconde los suyos en toda clase de lugares curiosos. Kim sacó el suyo y le dijeron que bajase del tren.

—Pero si voy a Ambala —protestó—. Voy con este hombre santo.

—Por mí, como si vas al infierno. Este billete es solo hasta Amritsar. ¡Fuera!

Kim rompió a llorar, al tiempo que decía que el lama era su padre y su madre y que él era el puntal de los últimos y decadentes años del anciano, quien moriría sin sus atenciones. El vagón al completo pidió clemencia al

revisor —el banquero se mostró especialmente elocuente—, pero el revisor arrastró a Kim hasta el andén. El lama parpadeó, incapaz de asumir la situación, y Kim alzó la voz y lloró junto a la ventanilla del vagón.

—Soy muy pobre. Mi padre ha muerto, mi madre ha muerto. Gentes generosas, si me quedo aquí, ¿quién se ocupará de ese anciano?

—¿Qué… qué pasa? —tartamudeó el lama—. Tiene que venir a Benarés. Tiene que venir conmigo. Es mi chela. Si hay que pagar algo…

—Oh, calla —susurró Kim—, ¿acaso los rajás debemos renunciar a una buena plata cuando el mundo es tan caritativo?

La joven de Amritsar salió cargada con sus bultos y Kim se centró en ella. De sobra sabía que las mujeres de su clase eran generosas.

—Un billete, un billetito a Ambala, ¡oh, rompecorazones! —La joven se rio—. ¿Es que no tienes caridad?

—¿El santón viene del norte?

—Viene de un norte muy muy lejano —gritó Kim—. Viene de las montañas.

—Entre los pinos del norte hay nieve, en las montañas hay nieve. Mi madre era de Kullu. Ve a comprarte el billete y pídele a él que me bendiga.

—Diez mil bendiciones —vociferó Kim—. Hombre santo, una mujer ha sido caritativa y ya puedo acompañarte, una mujer con un corazón de oro. Corro a comprar el billete.

La joven miró al lama, que había bajado al andén siguiendo a Kim. El anciano inclinó la cabeza para no verla y, al tiempo que ella se mezclaba con la multitud, murmuró algo en tibetano.

—Lo que llega fácil, fácil se va —comentó la mujer del agricultor con mala intención.

—Ha hecho méritos —respondió el lama—. Sin duda era una monja.

—Solo en Amritsar habrá unas diez mil monjas como ella. Sube, anciano, o el tren partirá sin ti —grito el banquero.

—No solo me dio para el billete, sino también para un poco de comida —dijo Kim, recuperando su sitio de un salto—. Come, hombre santo. Mira, ya llega el día.



Dorada, coral, azafrán y rosa, la niebla de la mañana se alejaba cruzando las verdes llanuras. El rico Punyab se desplegaba bajo el esplendor del penetrante sol. El lama dio un respingo cuando los postes telegráficos empezaron a pasar balanceándose.

—Grande es la velocidad del tren —comentó el banquero con una sonrisa condescendiente—. Ya nos hemos alejado de Lahore más de lo que lo habrías hecho en dos días caminando. Por la tarde entraremos en Ambala.

—Y eso aún queda lejos de Benarés —dijo el lama con aire fatigado mientras masticaba los papadums que Kim le ofrecía.

Todos desataron sus fardos y desayunaron. Después, el banquero, el agricultor y el soldado prepararon sus narguilés y llenaron el compartimento de un humo acre y asfixiante, escupiendo, tosiendo y disfrutando. El sij y la mujer del agricultor mascaron paan y el lama sacó el rapé y el rosario, mientras Kim, con las piernas cruzadas en la posición del loto, sonreía con la tranquilidad del estómago lleno.

—¿Qué ríos hay cerca de Benarés? —preguntó el lama de repente a todo el vagón.

—Tenemos el Ganges —respondió el banquero cuando se fueron apagando las risas.

—¿Y qué más?

—¿Hace falta más que el Ganges?

—No, pero yo estaba pensando en cierto río curativo.

—Ese es el Ganges. Quien se baña en él queda limpio y vuelve a los dioses. Tres veces he peregrinado al Ganges —dijo y miró con orgullo a su alrededor.

—Había necesidad —comentó el joven cipayo en tono seco y la risa de los viajeros se volvió contra el banquero.

—Limpio… para volver a los dioses —murmuró el lama—. Y para seguir con la ronda de las nuevas vidas, aún atado a la Rueda. —Irritado, negó con la cabeza—. Puede que haya un error. ¿Quién creó el Ganges en un principio?

—Los dioses. ¿Cuál es la fe que sigues? —preguntó, asombrado, el banquero.

—Sigo la Ley, la Más Excelsa Ley. De modo que los dioses crearon el Ganges. ¿Qué clase de dioses eran?

El vagón entero lo miró, atónito. Resultaba inconcebible que alguien ignorase la historia del Ganges.

—Pero ¿cuál es tu dios? —preguntó, al fin, el prestamista.

—¡Escuchad! —dijo el lama mientras manipulaba el rosario con la mano—. Escuchad, porque ahora os hablaré de él, ¡gente de la India, escuchad!

Comenzó a contar en urdu la historia del buda Gautama, pero, al dejarse llevar por sus pensamientos, pasó al tibetano y a los monótonos textos de un libro chino sobre la vida de buda. Los presentes, amables y tolerantes, lo miraban con reverencia. La India entera está llena de hombres santos que murmuran evangelios en lenguas desconocidas, conmocionados y consumidos por el fuego de su propio fervor, soñadores, parlanchines y visionarios: como ha sido desde el principio y continuará siendo hasta el final.

—Ah —dijo el soldado de los sijs de Ludhiana—, había un regimiento musulmán junto al nuestro en Pirzai Kotal y uno de sus sacerdotes, si mal no recuerdo era cabo, cuando le daba el arrebato anunciaba profecías. Pero Dios cuida de todos los locos. Sus oficiales le pasaban por alto muchas cosas.

El lama volvió al urdu al recordar que se encontraba en una tierra extraña.

—Escuchad la historia de la Flecha que nuestro Señor disparó con su arco —les dijo.

Eso les gustaba más y escucharon con curiosidad mientras él hablaba.

—Y ahora, gente del Indostán, voy en busca de ese Río. ¿Sabéis algo que pueda guiarme?, porque todos somos hombres y mujeres en contacto con el mal.

—Es el Ganges, solo el Ganges, el que quita los pecados —recorrió como un murmullo todo el vagón.

—Aunque también tenemos buenos dioses en Jalandhar —dijo la esposa del agricultor mientras miraba por la ventanilla—. Mirad cómo han bendecido las cosechas.

—Buscar todos los ríos del Punyab no es un asunto menor —comentó su esposo—. A mí me basta con que un riachuelo deje buenos sedimentos en mis tierras y doy gracias a Bhumia, el dios de los campos.

—¿Crees que nuestro Señor llegó tan al norte? —preguntó el lama mirando a Kim.

—Puede ser —contestó Kim en tono tranquilizador, al tiempo que escupía el jugo rojo del paan sobre el suelo.

—El último de los grandes fue Sikander Julkarn (Alejandro Magno) —dijo el sij con gran convicción—. Pavimentó las calles de Jalandhar y construyó una gran cisterna cerca de Ambala. El pavimento ha resistido hasta hoy, al igual que la cisterna. Yo no he oído hablar de tu dios.

—Déjate crecer el pelo y habla punyabí —aconsejó el joven soldado, de broma, a Kim, citando un proverbio del norte—. Con eso basta para ser sij. —Pero no lo dijo muy alto.

El lama suspiró, se encogió y se convirtió en una masa informe y sucia. Durante las pausas de la conversación, los demás podían oír su sonsonete, siempre en voz muy baja —«*Om mani padme hum, om mani padme hum*»—, y el ruido de las cuentas de madera del rosario al pasarlas.

—Eso me irrita —dijo al fin—. La velocidad y el ruido me irritan. Además, chela, creo que es posible que hayamos pasado de largo el Río.

—Paz, paz —dijo Kim—. ¿Ese Río no estaba cerca de Benarés? Pues aún nos falta mucho para llegar.

—Pero si nuestro Señor vino al norte, podría tratarse de cualquiera de esos ríos pequeños que hemos cruzado.

—No lo sé.

—Pero te enviaron a mí, ¿o no?, por los méritos que hice en el monasterio de Such-Zen. Surgiste junto al cañón y llevabas dos rostros y dos atuendos.

—Paz. No debemos hablar aquí de esas cosas —susurró Kim—. Yo solo era uno. Vuelve a pensarlo y lo recordarás. Un niño, un niño hindú, junto al gran cañón verde.

—Pero ¿no había también un inglés de barba blanca, un santo entre imágenes, que dio más fuerza a mi seguridad sobre el Río de la Flecha?

—Acudió al Ajaib-Gher de Lahore para rezar ante los dioses que hay allí —explicó Kim a todos los presentes, que escuchaban sin disimulo—. Y el sahíb de la Casa de las Maravillas le habló como a un hermano, sí, eso es verdad. Es un hombre muy santo que viene desde mucho más allá de las montañas. Descansa. Pronto llegaremos a Ambala.

—Pero ¿y mi Río? ¿El Río que me limpiará?

—Y luego, si tú quieres, continuaremos a pie la búsqueda de ese Río, para que no nos perdamos nada, ni siquiera el más pequeño de los arroyuelos que corra junto a un prado.

—Pero tú también buscabas algo. —El lama, orgulloso de su buena memoria, se enderezó al instante.

—Sí —respondió Kim por seguirle la corriente.

Para ser completamente feliz, al chico le bastaba con andar por ahí mascando paan y conociendo gente de ese mundo inmenso y afable.

—Era un toro, un Toro Rojo que vendrá a ayudarte y a llevarte… ¿adónde? Lo he olvidado. Un Toro Rojo sobre un campo verde, ¿no era así?

—No, no me llevará a ningún sitio —dijo Kim—. Eso no es más que una historia que te conté.

—¿Cómo dices? —La esposa del agricultor se inclinó hacia delante y sus brazaletes tintinearon—. ¿Es que los dos tenéis sueños? ¿Un Toro Rojo sobre un campo verde que te llevará al cielo o qué? ¿Fue una visión? ¿Alguien hizo una profecía? En nuestra aldea, pasada la ciudad de Jalandhar, tenemos un toro rojo que elige pastar en el más verde de nuestros campos.

—Dadle a una mujer un cuento de viejas y a un ave tejedora una hoja y una hebra y ambas crearán cosas maravillosas —dijo el sij—.

Todos los santones tienen sueños y, al seguirlos, sus discípulos obtienen ese poder.

—Un Toro Rojo sobre un campo verde, era así, ¿no? —insistió el lama—. Puede que hayas hecho méritos en una vida anterior y el toro venga a recompensarte.

—No, no, eso no es más que una historia que alguien me contó, seguramente para gastarme una broma. Pero buscaré el Toro Rojo en los alrededores de Ambala, donde tú podrás buscar tu Río y descansar del ruido del tren.

—Puede que el toro lo sepa, que nos lo envíen para guiarnos a los dos —dijo el lama con la esperanza de un niño. Luego se volvió hacia los demás mientras señalaba a Kim—: A este me lo enviaron ayer mismo. Creo que no es de este mundo.

—He conocido muchos mendigos y numerosos santones, pero nunca un yogui como este ni un discípulo como el suyo —afirmó la mujer.

Su esposo se rozó la sien con un dedo y sonrió. Pero en la siguiente comida del lama, ambos se volcaron en darle lo mejor que tenían.

Por fin, cansados, adormilados y polvorientos, llegaron a la estación de la ciudad de Ambala.

—Nos quedaremos aquí debido a un pleito —le dijo la esposa del agricultor a Kim—. Nos alojamos con el hermano pequeño del primo de mi marido. En el patio también hay sitio para tu yogui y para ti. ¿Crees que me bendecirá?

—¡Hombre santo! Una mujer con un corazón de oro nos ofrece alojamiento para la noche. Esta tierra del sur es una tierra generosa. ¡Mira cómo nos han ayudado desde el alba!

El lama inclinó la cabeza en señal de bendición.

—Mira que llenar la casa del hermano pequeño de mi primo de holgazanes… —empezó a quejarse el esposo mientras se echaba al hombro su pesada vara de bambú.

—El hermano pequeño de tu primo aún le debe al primo de mi padre parte de la celebración de la boda de su hija —contestó la mujer en tono

seco—. Que rebajen la deuda con comida, porque sin duda el yogui mendigará.

—Sí, yo mendigo en su nombre —dijo Kim, deseando cobijar al lama en algún sitio en el que pasar la noche y así poder salir a buscar al inglés de Mahbub Alí y entregarle el pedigrí del semental blanco.

Tan pronto el lama quedó instalado en el patio interior de una decorosa casa hindú, situada tras los acantonamientos, Kim le dijo:

—Voy a salir un rato… para comprar vituallas en el bazar. No te muevas de aquí hasta que yo vuelva.

—¿Vas a volver? ¿Estás seguro? —preguntó el anciano mientras lo agarraba de la muñeca—. ¿Vas a volver sin cambiar de forma? ¿Crees que esta noche ya es demasiado tarde para buscar el Río?

—Es muy tarde y está muy oscuro. Tranquilo. Piensa en el camino que ya has recorrido. Estás a cien kos[8] de Lahore.

—Sí, y más lejos de mi monasterio. ¡Ay, qué mundo tan grande y horrible!

Kim se alejó sin llamar la atención: nunca alguien tan corriente había llevado su destino y el de varias decenas de miles más colgado del cuello. Las indicaciones de Mahbub Alí le dejaban pocas dudas sobre cuál era la casa en la que vivía su inglés, pero se sintió totalmente seguro al ver que un mozo de cuadra llegaba a la casa, procedente del club, conduciendo un ligero carruaje de dos ruedas. Ya solo le faltaba identificar a su hombre, de modo que Kim se coló por el seto que rodeaba el jardín y se ocultó entre una mata de carriceras, junto al porche. La casa resplandecía en un derroche de luz y los criados se movían entre mesas llenas de flores, cristal y plata. Al poco, se acercó a él un inglés, vestido de blanco y negro, tarareando una canción. La oscuridad de la noche no permitía verle el rostro, de modo que Kim, con la prudencia propia de los mendigos, puso en marcha un viejo experimento.

[8] Medida que varía según la zona. En la que Kim recorre con sus viajes podría comprender entre una milla y cuarto y dos millas, es decir entre dos kilómetros con doscientos metros y tres kilómetros con doscientos metros.



—Protector de los pobres.

El hombre se acercó a la voz.

—Mahbub Alí dice…

—¡Ja! ¿Qué dice Mahbub Alí?

No intentó buscar a quien hablaba y eso demostró a Kim que sabía lo que ocurría.

—El pedigrí del semental blanco queda perfectamente demostrado.

—¿Qué pruebas hay?—El inglés se movió hacia el seto de rosas junto al camino de acceso.

—Mahbub Alí me ha dado esta prueba.

Kim lanzó el paquete de papel y este cayó en el camino, al lado del hombre, quien lo cubrió con un pie al ver que un jardinero doblaba una curva y se acercaba. En cuanto pasó de largo, lo recogió, dejó caer una rupia —Kim oyó el tintineo— y entró en la casa a grandes zancadas, sin darse la vuelta una sola vez. Kim recogió el dinero sin perder un segundo, pero, por más que lo hubiesen adiestrado, por sus venas corría bastante sangre irlandesa como para creer que la plata era la parte menos importante de cualquier juego. Lo que él deseaba era el efecto visible de una acción, de modo que, en lugar de marcharse con sigilo, se quedó entre las carriceras y desde allí se fue arrastrando para acercarse más a la casa.

Como los bungalós indios están abiertos de lado a lado, vio al inglés dirigirse a un pequeño vestidor situado en un rincón del porche que hacía las veces de despacho y estaba lleno de papeles y cajas, donde se sentó para leer el mensaje de Mahbub Alí. Bajo la luz directa de la lámpara de keroseno, su semblante cambió y se volvió más oscuro, y Kim, acostumbrado como todos los mendigos a observar rostros ajenos, tomó buena nota de ello.

—¡Will! ¡Will, querido! —llamó una voz femenina—. Deberías estar en el salón. Llegarán enseguida.

El hombre continuaba leyendo con atención.

—Will —dijo la misma voz cinco minutos después—. Ya ha llegado. Oigo a los soldados de caballería en el camino.

El hombre salió a toda prisa, sin sombrero, al tiempo que un landó grande, seguido por cuatro soldados nativos de caballería, se detenía ante el porche y un hombre alto, de cabello negro, perfectamente erguido, se apeaba precedido de un joven oficial que se reía encantado.

Kim permaneció tumbado boca abajo, casi rozando las enormes ruedas. Su hombre y el desconocido moreno intercambiaron dos frases.

—Sin duda, señor —dijo de inmediato el joven oficial—. Si tiene que ver con un caballo, todo lo demás puede esperar.

—No tardaremos más de veinte minutos —intervino el hombre de Kim—. Usted haga los honores, manténgalos entretenidos y todo lo demás.

—Dígale a uno de los soldados de caballería que espere —ordenó el hombre alto.

A continuación, los dos entraron en el vestidor y el landó se alejó de allí. Kim los vio inclinar la cabeza sobre el mensaje de Mahbub Alí y oyó las voces: una grave y deferente, la otra más aguda y decidida.

—No es cuestión de semanas, sino de días, casi de horas —dijo el mayor de los dos—. Hace tiempo que lo esperaba, pero esto —golpeó con un dedo el papel de Mahbub Alí— lo deja claro. Grogan viene a cenar hoy aquí, ¿no?

—Sí, señor, y Macklin.

—Muy bien. Hablaré con ellos. Consultaremos al consejo al respecto, por supuesto, pero este es uno de esos casos en los que queda justificado asumir que debemos actuar de inmediato. Avise a las brigadas de Rawalpindi y Peshawar. Desorganizaremos todos los relevos dispuestos para el verano, pero no podemos evitarlo. Esto nos pasa por no haber acabado con ellos la primera vez. Con ocho mil bastará.

—¿Y la artillería, señor?

—He de consultarlo con Macklin.

—Entonces, ¿es la guerra?

—No. Es un castigo. Cuando un hombre se ve atado por los actos de su predecesor…

—Pero C.25 puede haber mentido.

—Corrobora la información de los demás. Prácticamente revelaron sus intenciones hace seis meses. Aun así, Devenish afirmó que había una posibilidad de mantener la paz. Y, por supuesto, la utilizaron para hacerse más fuertes. Envíe enseguida esos telegramas, con las nuevas claves, la mía y la de Wharton, no con las viejas. No creo que debamos hacer esperar más tiempo a las señoras. El resto podemos hablarlo cuando nos sentemos a fumar los puros. Sabía que esto iba a pasar. Es un castigo, no la guerra.

Cuando el soldado de caballería se alejó a medio galope, Kim se arrastró hasta la parte de atrás de la casa, donde, según la experiencia obtenida en Lahore, imaginaba que encontraría comida… e información. La cocina estaba llena de pinches nerviosos y uno de ellos le arreó una patada.

—Ay —dijo Kim, fingiendo el llanto—. Solo he venido a lavar los platos a cambio de un poco de comida.

—Toda Ambala ha venido a lo mismo. Vete. Ahora van a servir la sopa. ¿Crees que los criados de Creighton sahíb necesitamos que vengan pinches de fuera para ayudarnos a servir una cena importante?

—Es que parece muy importante —comentó Kim sin dejar de mirar las fuentes.

—Lógico. El invitado de honor es el Jang-i-Lat sahíb (el comandante en jefe).

—¡Jo! —exclamó Kim, con el adecuado tono gutural de asombro.

Ya sabía lo que quería saber y, en cuanto el pinche se dio la vuelta, desapareció.

«Tantas molestias por el pedigrí de un caballo —se dijo a sí mismo, pensando en indostánico, como hacía siempre—. Mahbub Alí tendría que haber recurrido a mí para aprender a mentir mejor. Todos los mensajes que he llevado antes estaban relacionados con mujeres. Ahora son hombres. Mejor. El alto dijo que perderán un gran ejército para castigar a alguien, en algún sitio, y las noticias van a Rawalpindi y Peshawar. También habrá cañones. Ojalá me hubiese acercado más, es una noticia importante».

Cuando regresó se encontró con que el hermano pequeño del primo del agricultor hablaba con todo lujo de detalles sobre el pleito familiar con el agricultor, su esposa y unos pocos amigos, mientras el lama echaba

una cabezada. Después de la cena, alguien le pasó un narguilé y Kim se sintió todo un hombre al chupar la suave boquilla de cáscara de coco, con las piernas estiradas a la luz de la luna y chasqueando la lengua de vez en cuando a modo de comentario. Sus anfitriones se mostraron muy amables porque la esposa del agricultor les había hablado de su visión del Toro Rojo y de que probablemente descendería de otro mundo. Además, el lama constituía una curiosidad venerable e importante. El sacerdote de la familia, un brahmán tolerante del Punyab, llegó más tarde y, como es natural, introdujo una conversación teológica para impresionar a la familia. Todos seguían el mismo credo que el sacerdote, claro está, pero el lama era el invitado y la novedad. Su amable bondad y sus impresionantes citas chinas, que parecían conjuros, los tenían a todos encantados, y, a su manera sencilla y simpática, se abrió como el loto del bodhisattva y habló de su vida en las grandes montañas de Such-Zen antes de, según sus propias palabras, «levantarme para buscar la iluminación».

Comentó que, durante esos tiempos mundanos, había sido un experto en hacer horóscopos y cartas astrales, y el sacerdote de la familia insistió para que describiera sus métodos: se ayudaron entre sí con los nombres de los planetas mientras señalaban al cielo, donde las grandes estrellas surcaban la oscuridad. Los niños de la casa daban tirones a su rosario sin que nadie los reprendiese y él olvido la Regla que prohíbe mirar a las mujeres mientras hablaba de las nieves perpetuas, los desprendimientos de tierra, los pasos bloqueados, los remotos despeñaderos donde los hombres encuentran zafiros y turquesas y ese maravilloso camino de la meseta que se adentra en la Gran China.

—¿Qué opinas de él? —preguntó, en un aparte, el agricultor al sacerdote.

—Es un santón, sin duda alguna, un hombre santo. Sus dioses no son los dioses, pero sigue el buen camino —respondió el otro—. Y su método para hacer cartas astrales, aunque tú no entiendas de eso, es sabio y seguro.

—Dime si voy a encontrar mi Toro Rojo sobre campo verde, según me lo prometieron —dijo Kim con gesto perezoso.

—¿Sabes a qué hora naciste? —preguntó el sacerdote, henchido de orgullo.

—Entre el primer y el segundo canto del gallo de la primera noche de mayo.

—¿De qué año?

—No lo sé, pero casi a la misma hora en que grité por primera vez tuvo lugar el gran terremoto de Srinagar, que está en Cachemira.

Eso Kim lo sabía por la mujer que se había ocupado de él, y a ella se lo había contado Kimball O'Hara. El terremoto se había sentido en la India y durante mucho tiempo fue una fecha destacada en el Punyab.

—Sí —dijo, nerviosa, una de las mujeres: el origen sobrenatural de Kim parecía más cierto—. ¿No había nacido entonces la hija de…?

—Y su madre le dio a su padre cuatro hijos en cuatro años, todos varones —intervino la esposa del agricultor, que estaba sentada fuera del círculo, entre las sombras.

—Nadie educado en este saber ha olvidado en qué casas se encontraban los planetas esa noche —dijo el sacerdote de la familia y empezó a dibujar sobre el polvo del patio—. Al menos tienes derecho a la mitad de la Casa del Toro. ¿Qué dice tu profecía?

—Un día seré grande gracias a un Toro Rojo sobre un campo verde —respondió Kim, encantado por el caso que le hacían—, pero antes llegarán dos hombres que lo prepararán todo.

—Sí, siempre ocurre así al principio de una visión. Primero hay una densa oscuridad que se va aclarando poco a poco, luego entra alguien con una escoba y lo deja todo listo. Entonces da comienzo la visión. ¿Has dicho dos hombres? Sí, sí. El sol, saliendo de la casa del toro, entra en la de los gemelos. De ahí los dos hombres de la profecía. Reflexionemos. Pásame un palito, niño.

Frunció el ceño, hizo algunos garabatos, los borró y volvió a garabatear símbolos misteriosos sobre el polvo, para asombro de todos salvo el lama, quien por instinto evitó interferir.

Al cabo de media hora, gruñó y dejó a un lado el palito.

—Mm. Esto dicen las estrellas: dentro de tres días llegarán dos hombres para prepararlo todo. Tras ellos vendrá el toro, pero presagia guerra y hombres armados.

—En el vagón de Lahore había un hombre de los sijs de Ludhiana —dijo, esperanzada, la esposa del agricultor.

—No. Son muchos cientos de hombres armados. ¿Qué relación tienes tú con la guerra? —Le preguntó el sacerdote a Kim—. El tuyo es un signo rojo y airado de una guerra que se desatará muy pronto.

—Ninguna, ninguna —dijo el lama, muy serio—. Nosotros solo buscamos la paz y nuestro Río.

Kim sonrió al recordar lo que había oído contar en el vestidor. Sin duda, las estrellas lo favorecían.

El sacerdote borró con los pies el rudimentario horóscopo.

—No veo más que eso. Dentro de tres días llegará tu toro, chico.

—¿Y mi Río, mi Río? —imploró el lama—. Esperaba que su toro nos llevase a ambos hasta el Río.

—Ay, ese Río maravilloso, hermano. Esas cosas no son frecuentes —respondió el sacerdote.

A la mañana siguiente, aunque les insistieron para que se quedaran, el lama se empeñó en partir. A Kim le dieron un gran fardo de buena comida y casi tres anas en monedas pequeñas para cubrir las necesidades del camino y, entre muchas bendiciones, los vieron partir al alba en dirección al sur.

—Es una pena que esa gente y otros como ellos no puedan liberarse de la Rueda de las Cosas —dijo el lama.

—No, entonces en la tierra solo quedaría gente mala y ¿quién nos iba a dar comida y cobijo? —respondió Kim, mientras avanzaba feliz a pesar de la carga que llevaba.

—Allí hay un pequeño arroyo. Vamos a verlo —dijo el lama y se desvió del camino blanco para cruzar los campos, por lo que se metió en un auténtico avispero de perros vagabundos.